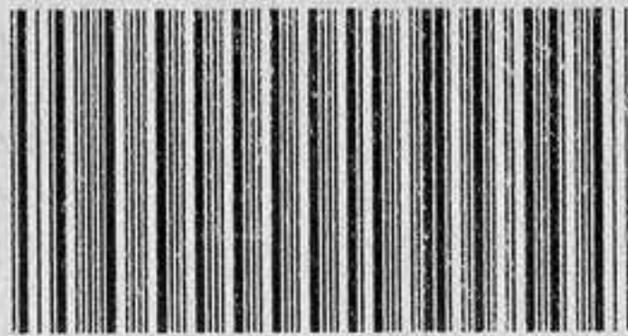


...TICOS

...OS

Biblioteca  Valenciana

Cuentos aristocráticos



31000000869589

CV/1961

Francisco Marán
Ejército Español, 8, 2^a
GRAO-VALENCIA


- 9 ABR. 1923

Cuentos Aristocráticos



Constantino Piquer

A su amigo Francisco
Morán, como recuerdo

Valencia 12-4-908

CONSTANTINO PIQUER

CUENTOS

ARISTOCRÁTICOS



VALENCIA.—1907

Imprenta Vda. de Emilio Pascual

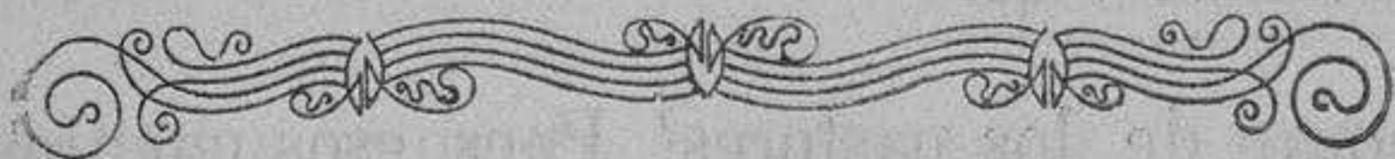
Pizarro, 19

63.089

*Al Excmo. Sr. D. Rafael Alvarez
Sereix como testimonio de admiración
y respeto.*

EL AUTOR

LA PRINCESA LOCA



La Princesa Loca

¡La princesa está loca!—dicen las gentes cuando ven á Rosalinda cruzar veloz en su automóvil por parques y carreteras, acompañada de un gallardo mancebo ataviado á la villanesca.

Sí, sí, la princesa está loca. Se ha casado con un rústico, con un pastor. Ha reñido con sus parientes, con sus amigos. Ha roto con todas las conveniencias sociales, con todas las preocupaciones de raza, con todos los miramientos debidos á su alto rango. Y trastornada por una pasión romántica y vehemente, le ha dicho al pastor:

—Si quieres ser mi esposo, yo te ofrezco mi mano patricia.

Y el zagal ha permanecido extático, ruboroso, sin saber qué responder.

Y ella ha insistido con su voz acariciadora y dulce, como el murmullo de las fontanas y el arrullo de las palomas.

—¿No has oído referir en el aprisco, cuentos de hadas y princesas que se ena-

moran de los pastores? Pues esos cuentos son realidad. Aquí me tienes. Yo soy la blanca dama que viene á buscar esposo en medio de los campos...

Y Sigfrido, el cándido y bonachón Sigfrido, se ha hincado de rodillas ante la divina mujer.

Y con sus labios bermejos, sombreados por suave bozo, ha estampado un beso ardiente en su mano de nieve.

Y no ha dicho nada. ¿Para qué? Así lo quiere ella: mudo y en adoración. Todas las bellas palabras han sido pronunciadas en su elogio, y jamás la han satisfecho, porque más que un sentimiento sincero y hondo, revelaban el prurito de demostrar galanura de ingenio. Lindos madrigales acariciaron sus oídos con la eurytmia de sus versos sonoros, dejándole frío en el alma. Miradas fulgurantes la persiguieron codiciosas. Poetas apasionados tejieron estrofas á su paso. Valerosos guerreros rindieron á sus pies las coruscantes espadas. Nobles señores pretendieron hacerla soberana de sus mansiones reales. Y ella, siempre fría, siempre indiferente, sin encontrar al hombre ideal que ha forjado en sus ensueños...

¿Por qué se ha enamorado la princesa del pastor...?

¡Ah! Rosalinda es una mujer singular.

Huérfana se quedó cuando niña, y nadie ha contrariado sus caprichos. Su padre era un príncipe melancólico, trovador, apasionado de la música, amigo de departir con filósofos y artistas. Su madre, como una emperatriz desdichada y augusta, en las horas nostálgicas, placíase en recitar los *lieders* tiernos y amargos del poeta Heine.

No eran gentes de este siglo ni de este mundo los buenos príncipes, y se murieron en plena juventud, quizás soñando en un Walhalla de héroes y de dioses.

Rosalinda fué el fruto amoroso de aquellas dos almas exquisitas, de transparencia azul, luminosas y bellas. Y heredó sus cualidades exaltadas hasta llegar á las fronteras de lo anormal, de lo extravagante, de lo que causa el asombro, la estupefacción y á veces el escándalo de los filisteos y las gentes mediocres y sensatas.

Y ella, libre, independiente, inmensamente rica, parece haberse propuesto, como norma de su conducta, desde la niñez, *épater les bourgeois*.

Es rubia Rosalinda como Loreley, es arrogante é intrépida como una walkyria, es sentimental como una mujer de Goethe, aventurera y caprichosa como Mademoiselle de Maupin... Ama á Baudelaire, á Verlaine, á Mæterlinck... No tiene empacho en publicar su admiración por Vera Zassulitch

y Luisa Michel. Nada como una sirena, maneja el sable y el florete, y hace con la pistola certeros disparos. Le apasionan los globos, los automóviles, todo aquello, en fin, que requiere audacia y valor.

¡Ah! ¡Sí, la princesa está loca!

¡Las cosas que ha hecho...! Para librarse del tedio que la abruma, de la nostalgia que le corroe el alma, ha emprendido larguísimos viajes. ¡Quizás abrigaba la ilusión de encontrar en las tierras lejanas el soñado esposo...!

Y como una golondrina errante, como una avecilla inquieta y voladora, ha ido de puerto en puerto, de ciudad en ciudad, posándose en todos los paquebots que surcan los mares azules.

Y ha visitado el bello país de los crisantemos y los cerezos floridos, donde las *musmés* lucen quimonos de sedas joyantes y bordados de plata que representan dragones alados y animalias de quimera... Y ha asistido, con rajás de rostro bronceíneo y dientes zahores, á la caza del tigre en los bosques sagrados de la India, por cuyas sendas perfumadas con la flor del loto, se ven todavía transitar fastuosas cabalgadas de elefantes... Y ha penetrado audaz en los desiertos africanos, encaramada en la joraba de un camello... Y ha subido á las montañas más altas... Y ha contemplado

los espectáculos más sublimes... Y ha sentido el frío de las nieves perpetuas... Y ha estado á punto de perecer de asfixia en los abrasadores países de los Trópicos...

¡Ah! ¡Sí, la princesa está loca!

Todos lo dicen. Y como prueba, refieren el terrible lance en que una vez expuso su vida y la de sus amigos.

Navegaba por alta mar. En las aguas, glaucas y tranquilas, fingía el sol escamas de oro. Parecía deslizarse el barco por una superficie de cristal. En sus costados veíanse enormes tiburones. Los pasajeros, asomados á la toldilla, contemplaban los terribles peces. Cerca de Rosalinda estaba un joven príncipe que, desde hacía tiempo, la seguía enamorado en sus viajes.

—¡A que nadie se atreve á lanzarse al mar?—exclamó súbito la princesa.

Nadie le contestó. El príncipe se tornó pálido como la cera.

Rosalinda le clavó los ojos burlones y escrutadores en el semblante.

Y despojándose de su blusa calada y quitándose con los mismos pies los lindos zapatitos escotados, dijo con voz de desafío:

—¡El que sea valiente que me siga...!

Y se lanzó en el mar.

El príncipe permaneció un momento irresoluto, y, al fin, se arrojó también en medio de las aguas.

¡Por milagro no fueron pasto los dos de los tiburones voraces...!

¡Sí, la princesa está loca!

Su última aventura no deja la menor duda de que sus sentidos no están cabales.

Después de haber recorrido lueñes tierras, ha regresado Rosalinda desengañada y triste á su magnífico *chateau* rodeado de parques y jardines.

Forman su corte artistas y poetas, y nobles caballeros.

Un pintor, célebre por sus retratos de aristocráticas mujeres, ha intentado diferentes veces trasladar al lienzo la grácil figura de la princesa. Pero ésta muéstrase siempre descontentadiza y exigente. Nó, no es ella una flor mustiada, una pálida virgen de ojos melancólicos y ensoñadores. El pintor no acierta nunca á reflejar su carácter. Es triste su mirar, pero á veces también suelen expresar sus ojos energías, audacias y furores. Es su alma sentimental, pero á menudo el lago cerúleo y transparente vese agitado por encrespado oleaje, y soplan sobre su superficie huracanes de tormenta... Y el artista vuelve á empezar su obra lleno de obstinación y de paciencia, seguro de que si logra interpretar la complicada psicología de la singular mujer, su triunfo ha de ser colosal.

Insignes *virtuosos* hacen brotar de sus

bandolinos y violas músicas inspiradas para solaz y regalo de Rosalinda. Y poetas, magos de la palabra, inventan cuentos y leyendas.

Y junto á estas eminencias, cobíjanse también en el castillo los tristes juglares que tienen jorobas como Quasimodo, narices de Cyrano y el alma vidriosa y entenebrecida por la indiferencia de la multitud que pasa burlona por su lado, sin prestar atención á sus rapsodias gárrulas, vacías de originalidad é inspiración.

Y formando contraste con estos orgullosos mendigos, gallardean los linajudos *sportmen* que también aspiran á la celebridad y el renombre, realizando peligrosas ascensiones aerostáticas y disputándose la copa de honor en las carreras de automóviles.

Rosalinda los trata á todos como reina. Y unas veces tiene para ellos palabras de aliento y esperanza, y otras los hace víctimas de sus burlas y sarcasmos crueles.

Y así se complace en organizar cacerías de venados y jabalís, sólo por darse el gusto de ver estremecerse de terror á los pobres juglares, que jamás tuvieron un arma de fuego en la mano ni supieron lo que era trotar en un fogoso potro.

Y para vengar á éstos de los porrazos recibidos al caer del caballo y los desdenes

de los señores, improvisa justas y torneos literarios, en los cuales los jibosillos ciranescos asaetean á sus nobles rivales con dardos y sátiras despiadadas.

Y cada vez, sin embargo, es mayor el tedio que siente Rosalinda.

Entre todos aquellos hombres no hay uno que le inspire amor.

¡Ah! No es fácil enamorar á la princesa que vió rendidos á sus plantas á los arrogantes rajás de ojos de brasa y á los más gallardos hijos del Profeta, ataviados con blancos alquiceles.

Les sobra á unos el espíritu, y son blanduchos, contrahechos y tímidos como mujerzuelas. Y es su amor más oratorio que real. Por una bella frase serían capaces de sacrificar á la más bella mujer. Y los otros, viriles, atléticos, fuertes, denodados, carecen de corazón para sentir.

¿Dónde, dónde encontrará Rosalinda al hombre amado...?

Un día sale de caza la princesa con toda su corte de caballeros y de artistas.

Malhumorada, nerviosa, fustiga á su caballo.

El bruto se impacienta y emprende, desbocado, velocísima carrera.

—¡Hojotho! ¡Hojotho! ¡Heiaha!—grita como una walkyria, y todavía da dos golpes de fusta en los lomos del animal.

—¡Se va á matar la princesa!—exclaman los cazadores, y todos se precipitan en pos de ella disputándose el honor de salvarla.

El caballo corre ciego, babeando espuma, cubierto de sudor. No hay para él zanja ni obstáculos. Rosalinda, por su parte, no hace ningún esfuerzo para contenerlo.

Detrás de ella resuena un grito de horror. Algunos pasos más, y la princesa y su caballo ruedan por una espantosa sima.

Como por encanto surge un hombre de la espesura, y con sus puños ciclópeos hace parar en seco al caballo.

Es Sigfrido el pastor. Es el más bello hombre que jamás ha visto la princesa. Ella misma, prendada de su gentileza, le ofrece su mano.

Y casada ya, lo lleva en su automóvil, vestido á la villanesca. ¡Así lo ha conocido y así lo quiere!

Y la gente repite escandalizada:

—¡La princesa está loca! ¡La princesa está loca!

¡Ah! ¡Sí, está loca la princesa!

Ya no ama á Sigfrido. Su mudez, su

carencia de palabras para expresar su sentir y cambiar ideas, aquello que era al principio su encanto, comienza ahora á serle insoportable.

Sigfrido nota los desdenes de su esposa, y se ha tornado melancólico. Y con los ojos le dice su tristura. Pero de sus labios no brota una sola queja. ¡Ah! si no fuera tan bueno, sino tuviera tanta semejanza con un perro agradecido y leal, todavía podría ella amarle. Y conociéndose mala, quisiera que el esposo humilde la exigiera por la fuerza, á golpes, lo que ella se niega á dar... Pero Sigfrido es bueno y respetuoso, y no hace más que lanzar hondos suspiros...

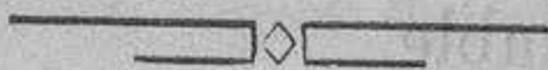
¡Se ha roto el encanto! Rosalinda quiere un esposo y no un esclavo. A fuerza de dinero consigue el divorcio. Y poseída de místico ardor, se encierra en un convento.

¡No hay felicidad en el mundo! Ni la riqueza, ni el amor, ni el arte y la poesía, ni las arriesgadas aventuras, ni el continuo viajar pueden proporcionarla.

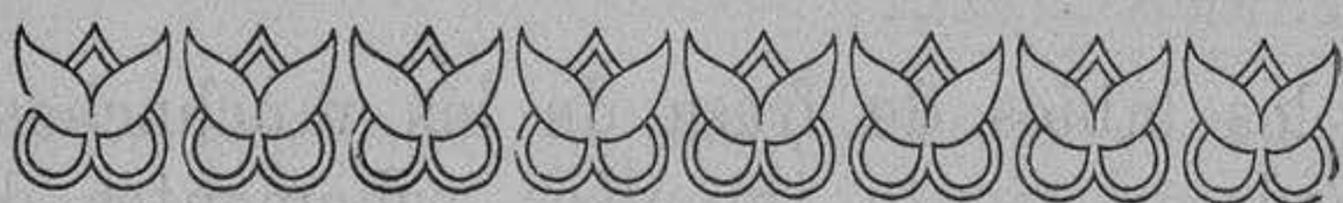
Y en la celda blanca y soledosa, á donde no llegan los ecos del mundanal ruido, se entrega apasionada, cual nueva Teresa de Jesús, al amor de Dios.

Y las gentes, estupefactas, se repiten al observar este nuevo cambio operado en Rosalinda:

—¡La princesa está loca! ¡La princesa está loca...!



POR EL AMOR.....



¡POR EL AMOR!...

¡Por el amor! debiera ser la divisa de la casa ducal. Y en los cuarteles de su escudo debiera figurar también el niño alado y ciego, disparando una flecha de su carcaj.

¡Oh el amor, el amor!... ¿Qué es la vida sin amor?...

El viejo duque fué en sus mocedades un terrible Don Juan. Apuesto y gallardo, ejercía una poderosa fascinación sobre las mujeres. Como lava hirviente corría la sangre por sus venas azules.

¿Por qué pasó, por qué pasó el tiempo dichoso de la juventud? ¿Por qué le flaquean las piernas y su negra barba se torna de plata? ¿Por qué no ejerce ya un mágico influjo sobre las doncellas campesinas?...

¡Ah! El volcán se ha cubierto de nieve, de lava, de ceniza, pero en el fondo arde un fuego abrasador.

Todavía el viejo fauno se estremece de pasión al contemplar las mejillas de rosa

y los labios de fresa de las muchachas. Todavía siente impulsos vehementes de acariciarlas, de besarlas y de morderlas. ¡Todavía le acosa el deseo!...

¡Por qué, por qué huyó la juventud? ¡Ah! ¡Qué hermosa es la juventud!... El duque recuerda sus días felices lleno de nostalgia. Y son sus recuerdos como un soplo cálido, impregnado de perfumes embriagadores en un día de invierno.

Al frente de sus fieles partidarios iba por los campos, ciudades y aldeas. En pos de sus fieras mesnadas quedaba siempre un reguero de sangre. El pretendía un trono y no tenía compasión.

¡Oh! ¡El amor y la muerte!... ¡Qué dulce era después de un sangriento combate dormirse sin cuidado sobre el tibio seno de una moza garrida! ¡Qué supremo goce paladear primicias virginales á la luz rojiza de las hogueras del vivac!... ¡Por qué no se murió de voluptuosidad y de placer en una de aquellas báquicas orgías?...

*

**

El duque tiene una hija. Es hermosa y ardiente. Corre por sus venas fuego abrasador. La devora el deseo y están pálidas sus mejillas.

¡Que va á ser, que va á ser de la pobre Gioconda?...

En el vetusto palacio de aspecto monacal se consume y se desespera. Ella ha nacido para volar. Ella no puede vivir entre cuatro paredes, vigilada constantemente por dueñas entapujadas y severas.

Si su padre era un fauno, ella es una ninfa. Y añora el bosque umbrío y los cánticos de los vendimiadores, ébrios de mosto, y los dulces sonos de la flauta del dios Pan.

¡Pobre princesa! ¡Pobre virgen morena!... ¡Qué largas son sus noches sin sueño! ¡Qué tristes los días de su juventud! ¡Cuándo, cuándo romperá las cadenas que la sujetan, que la privan de ser feliz?...

Sí, ella quiere ser feliz. Ella quiere amar y ser amada. Ella quiere huir de su cárcel y correr libre á la luz del sol, apoyada en el brazo del amado.

¡Es como su padre!... También á ella le gustaría ir por los campos, por las ciudades y las aldeas... También ella se embriagaría, como una bacante, en una orgía á la luz rojiza de las hogueras del vivac... Y es natural... Los faunos engendran á las ninfas y las faunesas.

¡Nadie lo sabe!... ¡Nadie lo sabe!... Ella misma no se atreve á pensarlo... La princesa tiene envidia á las mujeres malas... Como ellas, quisiera vivir en una calle estrecha y torcida, de suelo viscoso; en una

de esas callejuelas oscuras donde anida el crimen y acampan alegres las gentes de la mala vida... Como ellas, quisiera llevar en los cabellos negros y alborotados una flor roja, semejante á un coágulo de sangre... Como ellas, desearía pintarse las mejillas y los labios y acechar detrás de la celosía el paso de los hombres... Como ellas, recibiría gustosa los besos, las caricias, los golpes y los insultos de los lobos de mar, enardecidos por largas y forzosas continencias... Como ellas, sería la amante de un soldado... Como ellas, vendería su cuerpo para satisfacer los caprichos de un perdonavidas matador de mujeres... Como ellas, desearía morir en una bacanal, con el cuello segado por una navaja...

¡Nadie lo sabe!... ¡Nadie lo sabe!... Pero ella lo piensa en sus largas noches sin sueño. Y cuando se levanta por las mañanas y los rayos del sol deslumbrador disipan sus ideas lúbricas, clama á Dios desesperada.

Y al verla triste, triste, palida y ojerosa, nadie sospecha lo que sucede en el alma de Gioconda.

Los más suspicaces, á lo sumo, dicen que la princesita tiene mal de amores. Pero como el mundo es hipócrita, como desde que nacemos nos han acostumbrado á llevar una máscara, como es horrible blas-

femia y falta de pudor imperdonable que pronuncie el labio lo que maquina el pensamiento, por *mal de amores* suelen dar á entender una pasioncilla casta y ñoña hacia este ó el otro príncipe encanijado é imbécil...

Y no es esto... no es esto... Gioconda ha nacido con alma de hetaira y lo sabe todo. Es hermana gemela de Aspasia, de Lucrecia, de Mesalina, de todas las grandes sacerdotisas del amor. ¡Su padre tiene la culpa que la engendró así!...

*
**

Gioconda languidece y se mustia. Gioconda se muere de amor.

¡Qué horribles, qué obscuras le parecen las estancias de su palacio! ¡Qué monótona, qué insoportable la vida sin besos y sin caricias!...

Poco á poco se va apoderando de su alma un odio inextinguible hacia todo lo que la rodea.

Muchas veces siente impulsos de abofetear y de escupir á las damas mogigatas, que después de gozar, hipócrítas, alardean de religiosas y de santas.

Y su mismo padre, Tartufo, reyezuelo sin corona, le inspira repugnancia. ¡Pues qué, acaso no está ella enterada de sus liviandades? ¡Cuando era pequeñuela, no ha

visto llorar mil veces á su pobre madre por las infidelidades y escandalosa conducta del esposo?...

Al palacio vetusto llegan diariamente comisiones y embajadas de la patria lejana que ella no conoce.

¡Oh! ¡Qué tierra de fariseos debe de ser aquélla!... Todos vienen vestidos de negro, con los semblantes largos y amarillos y los ojos de fiebre. Todos hablan melosos, apretando los labios. Todos abominan de la corrupción del siglo y sueñan con achicharrar la carne impura en terribles hogueras. Todos ensalzan el amor de Dios y anatematizan el amor de los hombres. Todos aspiran á hacer de la patria lejana una nueva Tebaida...

Y Gioconda, horrorizada, les oye exponer planes tremendos para concluir de una vez con las malas costumbres. Emplumadas irán por las calles las descocadas meretrices. Con sayal y corroza los hombres libidinosos. Condenados serán á destierro perpetuo cómicos y danzantes. Se arrasarán las cepas de los viñares para concluir con los borrachos. Y la burda estameña sustituirá á las telas vaporosas con que se atavían las doncellas. Y en vez de las músicas jocundas, sólo se escuchará el son plañidero de las campanas...

Esto piensan hacer las gentes del sem-

blante largo y amarillo cuando el duque sea rey.

¡Cuando el duque sea rey!... Gioconda, tranquilizada, no puede menos de sonreír, burlona y escéptica.

Y los viejos trofeos del gran salón ducal, las descoloridas banderas, salpicadas de sangre y hechas girones, las panoplias de espadas y fusiles, se le antojan cachivaches indignos de figurar en la covacha de un chamarilero.

Por encima de las leyendas heroicas de los códigos del honor y de los viejos pergaminos, triunfará siempre el amor.

*
* *

Al palacio acude un bohemio fornido y gallardo. Es un hombre todo pasión: un *manqué*. Para consolarse de sus derrotas suele embriagarse con ajenjo.

¡Oh! ¡La bebida verde que hace olvidar á los artistas tristes sus decepciones y sus cuitas! ¡Oh! ¡El mágico elixir que transforma los días grises en horas azules y de color de rosa! ¡Oh! ¡Benéfico veneno, que, en un lento suicidio, acabas con el padecer! ¡Por algo te amaba Verlaine, por algo eras el preferido del sublime Edgardo!

Olfateando á bebida y limpiándose los recios mostachos, llega todas las mañanas

Raul al palacio ducal. Va á dar su lección de pintura á la princesa.

Desde el primer momento que lo ha visto se ha enamorado Gioconda del pintor. Sus extravagancias, sus melenas, su mirada vaga y ensoñadora, sus manos peludas de silvano, el olor de su pipa, su misma suciedad y abandono la han hecho arder en deseos.

Temblorosa no acierta á trazar un perfil. Con las mejillas enrojecidas y los ojos humedecidos y brillantes, aspira sofocada, el olor acre que despide el corpachón robusto del fauno.

Raul, aburrido y somnoliento, se ríe, interiormente, de la timidez de Gioconda. ¡Cómo va á sospechar él, pobre diablo, que puede inspirar amor á una princesa!...

Pero poco á poco la doncella pone de manifiesto su pasión. Y el fauno y la ninfa se confunden, al fin, en un beso ardiente, apretado, interminable, que les hace brotar la sangre de los labios...

*
**

Raul y Gioconda han decidido huir para siempre del palacio ducal.

¡Lo ha pensado bien la princesa? Sí, lo ha pensado y está decidida á todo. Por el amor reniega de su padre, de su nombre y de su alcurnia. ¡Que se quede el pobre

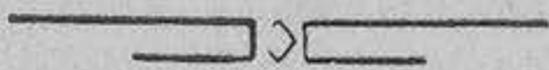
reyezuelo sin corona, representando su papel de Tartufo, entre sus banderas descoloridas y hechas girones y sus panoplias de espadas y sables mohosos! ¡Él ya vivió y ella... quiere vivir!...

Por el amor renuncia á las comodidades de su palacio y á la consideración de las gentes. Nada le importa que estas almas piadosas funden una nueva Tebaida; ella quiere gozar, aunque la persigan y la emplumen los hipócritas.

Por el amor está dispuesta á cruzar el mundo entero, á sufrir hambre y sed.

¡Amor! ¡Amor!... Le grita su alma de fuego.

¡Y ella lo sacrifica todo, ¡todo! por el amor!...



LA PRINCESA ABANDONADA



La Princesa abandonada

El cielo está cubierto de nubes cenicientas. En todo el día no ha asomado su faz rubicunda el padre Sol. Un barro resbaladizo y viscoso se extiende por las calles de la ciudad. Cae una lluvia fina y penetrante. Los árboles, melancólicos, lucen su otoñal atavío de hojas amarillas y color de púrpura.

Van las gentes de prisa con los paraguas abiertos. Mujeres coquetas, se recogen las faldas para lucir las botitas de charol y las medias de seda. Cruzan rápidos los tranvías eléctricos, atestados de gente. Detrás de los cristales de los cafés y de los *bars*, los hombres, aburridos, charlan y fuman.

Aquí y allí comienzan á brillar las luces azulosas de los arcos voltaicos.

Por los puentes y la orilla del río se ve un tropel de blusas blancas y de hombres negros, tiznados de carbón, que acaban de salir de las obras y de las fábricas.

Grupos de menestralas siguen el mismo camino, haldeando ligeras con el cestito al brazo.

En los *cabarets* entran los parroquianos habituales á tomar una copa y fumar una pipa antes de llegar á casa.

Las aguas del río, inmóviles, tienen un color de estaño. Los barqueros, enfundados con sus impermeables de lona embreada, maldicen del tiempo. Y unas tras otras surgen en la niebla, como estrellas de oro, las luces de los reverberos.

¡Es un triste crepúsculo!...

*
**

La princesa Yolanda está encerrada en su *boudoir*. Ha llorado amargamente. ¿Qué honda pena aflige á la princesa? ¿Por qué sus ojos bellos están escaldados por el llanto? ¿Por qué estalla en sollozos? ¿Por qué clama á Dios desesperada?...

¡Son males del corazón!... Lloro ausencias y desdenes del esposo. Lloro el triste abandono en que la ha dejado el hombre con quien se casó, locamente enamorada.

Por la cabecita encantadora de la princesa cruzan ideas de rebelión. Se acuerda de su hermana Gioconda y encuentra disculpable y hasta digna de alabanza su conducta. Hizo bien, hizo bien la princesa Gioconda en huir con el pintor. Hizo bien

en alejarse para siempre de aquellos malvados y de aquellos hipócritas...

Ella es buena... Ella ha heredado el temperamento dulce y sumiso de su pobre madre. Ella se ha casado con la ilusión risueña de vivir consagrada al amor del esposo y de formar un hogar feliz. Y cuando apenas ha pasado la luna de miel, se ve abandonada y sola en medio de las estancias de su palacio...

El príncipe Francesco es un hombre sin corazón. No tiene piedad de sus lágrimas, ni de sus súplicas. Y á sus caricias contesta con golpes y con insultos. Y ella, ¡Dios mío! ama cada vez más á su príncipe moreno, á su príncipe de cabellos rizados, á su príncipe de ojos negros...

¡Lo ama cada vez más! ¡Lo ama con locura!... ¡Lo que ha hecho la princesa Yolanda para volver al redil á la oveja descarriada!... Ha ido á altas horas de la noche, buscándole por todas partes. Se ha introducido en los lupanares aristocráticos y ha alternado con mujerzuelas. Ha recogido al príncipe ébrio en medio de la calle, y se lo ha llevado á casa, colmándolo de besos y de mimos. Le ha suplicado de rodillas llena de amor y de humildad. Le ha amenazado, soberbia, sintiendo latir en sus venas la sangre orgullosa de su estirpe real...

Pero Francesco, crapuloso y corrompido, le ha pagado siempre con ironías y desdenes, cuando no ha levantado la mano, iracundo, para golpearla.

Imposible, imposible conseguir el amor de Francesco que sólo es feliz en brazos de las cocotas y de las mujeres malas.

¡Ah! ¡Las mujeres malas!... ¡Qué envidia les tiene! ¡Para ellas es el amor de los hombres! ¡Por ellas abandonan á las esposas y arruinan á las familias!... Ella quisiera también ser mujer mala. Entonces, sin duda alguna, el príncipe Francesco la preferiría á todas. Pero, ¡ay! ella no tiene la resolución y valentía de su hermana Gioconda que huyó con el pintor...

Y sufre, y llora, y se desespera, y procura revestirse de resignación y de paciencia como hacía su santa madre cuando sufría las infidelidades del marido.

Mas su amor es como una llama ardiente que la devora. ¡Nó! La princesa Yolanda no puede vivir sin el cariño de Francesco.

Hace días que éste no ha aparecido por el palacio.

La princesa no ha cesado de preguntar:

—¿Ha venido S. A.?

—Nó, princesa, no ha venido—le contesta siempre su doncella favorita.

Y Yolanda prorrumpe en sollozos y en amargas quejas.

Mientras ella llora, él, seguramente, estará disfrutando en un báquico festín, rodeado de cocotas.

Con la frente pensativa y triste pegada á los cristales de su ventana, contempla la princesa el cielo cubierto de nubes plomizas.

Cae una lluvia menuda que convierte el polvo de las calles en un barro resbaladizo y viscoso.

Aquí y allí comienzan á brillar las luces de los reverberos y de los arcos voltaicos.

Toda la tristeza muriente del crepúsculo ha penetrado en el alma afligida de Yolanda.

¿Para qué vivir?... ¿Para qué luchar?..

Se separa de su observatorio, se pasa la mano por la frente, lanza un suspiro y al mismo tiempo que aprieta el botón de un timbre eléctrico, llama con voz sollozante:

—¡Rosina! ¡Rosina! ¡Mi abrigo! ¡Mi sombrero!...

La doncella obedece silenciosa. Al fin se atreve á preguntar:

—¿Y el coche, princesa?

—¡No lo necesito!... ¡Iré á pie!.

Rosina, involuntariamente, hace un gesto compasivo.

Como otras veces irá á buscarlo, Dios sabe dónde. ¡Pobre, pobre princesa!...

*
* *

El tropel de blusas blancas camina á paso ligero por la orilla del río.

Grupos de menestralas siguen la misma dirección, haldeando, garbosas, con el cestito al brazo.

Hombres y mujeres vuelven la cabeza, un instante, para contemplar á una dama de noble aspecto, que, con el rostro oculto por tupido velo, pasa por su lado gesticulando como una loca.

¡A dónde va, á dónde va esa mujer, pisando barro, recibiendo impasible sobre su cuerpo la lluvia fría y penetrante?... ¡Qué dolor la embarga?... ¡Qué pensamientos la conducen á estos lugares apartados?...

Los hombres y las mujeres al avizorar á la desconocida, notan que les roza el rostro el hálito frío de la tragedia y que les late apresurado el corazón.

Pero ellos son unas pobres gentes que, cansadas de trabajar, tienen prisa de llegar á sus hogares.

Y después de breve comento, continúan la interrumpida marcha, viendo como la dama del tupido velo se pierde en la bruma...

Es ya de noche y los muelles se quedan desiertos. Y en el silencio se escucha el chapoteo de las aguas negras. Y como un lamento, como un aviso agorero, resuena el ululado de un can.

La dama misteriosa, entre tanto, camina, camina en la sombra, gesticulando como una loca.

*
* *

Sobre el humilde lecho de una casa de Socorro yace el cuerpo hermoso de una mujer. Los barqueros la acaban de sacar del río, á donde se ha lanzado con el propósito de suicidarse.

Todavía respira, todavía vive la mujer. Precipitadamente le arrancan las ropas mojadas ¡Oh! ¡Qué tesoros de carnal belleza quedan al descubierto!...

¿Quién será, quién será la hermosa suicida?...

Las ropas interiores están adornadas con finísimos encajes. Lleva los dedos llenos de preciosas sortijas.

Poco á poco el semblante amoratado de la infortunada se va reanimando. Sus cabellos negros comienzan á secarse. Y el cuerpo frío, como el de una muerta, va adquiriendo un dulce calor.

El médico observa complacido el cambio que se va operando en la paciente, y

da órdenes á sus subordinados deseoso de verla cuanto antes fuera de peligro. Y al inclinarse para examinarla con más detención, exclama estupefacto:

—¿Será posible?... ¿No es esta la princesa Yolanda?...

Y todos los que le rodean, como si de repente se les quitase una venda de los ojos, exclaman á su vez:

—¡Sí, sí es la princesa Yolanda!...

Y un viejo empleado que sirvió como soldado á las órdenes del padre de la princesa, murmura entristecido, pensando quizás en lo falso de las grandezas humanas:

—¡Pobre princesita abandonada! ¡Quién te lo había de decir!...



EL PRÍNCIPE OSCAR



El Príncipe Oscar

En la habitación del príncipe hay armas y trofeos; abundan también los libros de viajes.

Oscar es un militar valeroso y un viajero infatigable.

Si estuviera dotado de saber, realizaría excursiones científicas al Polo y al interior de Africa, como el príncipe de Orleans y el duque de los Abruzzos.

Poseedor solamente de una cultura superficial, conténtase con ser un atrevido *sportsman*.

Ha subido en globo y ha recorrido media Europa en automóvil.

Ahora el príncipe está convaleciente. Acaba de llegar de la guerra, donde estuvo á punto de perder la vida.

Con esta ya son dos las veces que Oscar derrama su sangre en los campos de batalla.

Ha derramado su sangre el príncipe en guerras extranjeras que no podían inspi-

rarle ningún entusiasmo. Pero allá, en la patria lejana, los partidarios de su estirpe real se han sentido orgullosos de que su futuro candidato al trono sea un aguerrido mancebo.

Oscar es un soldado valiente, acostumbrado al fragor de las batallas. Oscar ha peleado en las nevadas estepas y en el Asia remota. Oscar sabe lo que es la vida del campamento y la disciplina militar. Oscar ha recibido por su bravura, las felicitaciones del monarca más poderoso del mundo. ¡Oscar sí que haría un buen rey!...

Esto repiten los partidarios de la rama legitimista cuando hablan de su príncipe bien amado.

Y si se atiende al estado actual de las naciones y al régimen de ideas imperante, los que se expresan de tal modo tienen razón.

¿No es la educación militar la que ante todo y sobre todo se da á los príncipes reales? Pues el príncipe Oscar, amén de haber estudiado en las principales academias militares, se ha perfeccionado en el arte de matar en las más cruentas guerras de estos últimos tiempos. El príncipe Oscar, por lo tanto, sería un excelente Jefe de Estado.

Reune además otras condiciones que lo hacen simpático. ¿No son hoy los *sports* peligrosos la pasión dominante entre las

clases aristocráticas? Pues el príncipe Oscar es un perfecto *sportsman*.

El, antes que nadie, ha cruzado Europa en su automóvil. El es de los primeros que se han arriesgado en una ascensión aerostática. Y en todas partes ha tenido que vencer peligros y ha expuesto su preciosa vida.

¡Ah! ¡Oscar sí que haría un buen rey!...

Ahora está convaleciente, pero ya su imaginación calenturienta se entretiene en fraguar nuevas aventuras.

Cualquiera diría que el príncipe Oscar busca y desea la muerte...

*
**

Al palacio ducal acaba de llegar una embajada. Viene de la patria lejana, de aquella tierra singular que, según la princesa Gioconda, debe de estar habitada por fariseos hipócritas.

El duque, padre de Oscar, ha recibido á sus fieles súbditos en el gran salón adornado con banderas salpicadas de sangre y hechas girones, y panoplias de espadas y sables mohosos.

Los comisionados contemplan extáticos las gloriosas reliquias.

Todas ellas son testimonios fehacientes del valor y denuedo del verdadero rey.

Fervorosos, recuerdan las hazañas heroicas. Tal espada, con la empuñadura de oro, es del general N., hecho prisionero. Tal bandera pertenecía al regimiento de infantes copado en peligrosísimo desfiladero. Tal levita, llena de cruces y entorchados, es la que llevaba el señor en la gloriosa toma de Vetusta... Y así, cada objeto, les recuerda episodios y hazañas de la guerra.

En la época que ésta tuvo lugar, mediación se había levantado en armas, aclamando al duque como soberano.

Ahora, con los largos años de inacción, se ha amortiguado el entusiasmo.

Pero todavía abundan los valientes que desean lanzarse al campo y exponer sus vidas por su rey y señor.

El duque escucha sonriente con sonrisa escéptica.

—Tenéis razón, amigos míos, los tiempos han cambiado. Bien sé que todavía me quedan en la patria gran número de fieles partidarios; pero yo ya estoy viejo. Ahora me sería imposible cabalgar y dirigir la guerra como cuando era joven.

—¿Y el príncipe, señor? El está en la flor de la juventud; él ha dado en todas partes pruebas de valor; él haría un excelente general y sabría llevarnos á la victoria...

El duque, al oír nombrar á su hijo, da muestras de preocupación y de tristeza.

—El príncipe, ya lo sabéis, está convaleciente, y cuando recobre por completo la salud piensa volver á poner su espada al servicio del emperador. Como comprenderéis, mi augusto primo atraviesa en estos momentos por una situación difícil y necesita la ayuda de todos nosotros. ¡Qué sería de Europa si la revolución llegara á enseñorearse del imperio!...

—Otra cosa, señor, tenemos que decir á V. M. ¡Por qué no se casa el príncipe? Ya pasa de los treinta años. La princesa Beatriz de Normandía sería sin duda una buena esposa para él. La archiduquesa Berta, educada en un convento, es insustituible como compañera de un príncipe católico defensor de la religión y de la fe.

El duque permanece indeciso sin saber qué contestar. Al fin balbucea:

—Oscar, hasta ahora, ha estado preocupado con la guerra... pero ya se casará, ya se casará...

—Señor, tened en cuenta que el príncipe se debe á la patria, y que es necesario asegurar la sucesión al trono.

—Ya lo sé... ya lo sé... pero el príncipe es así y yo no puedo imponerle mi voluntad...

El duque cambia de conversación mal-

humorado. Los comisionados salen al fin del gran salón, preguntándose curiosos:

—¿Por qué no se casa el príncipe? ¿Por qué no se casa?

*
*
*

—¿Se han marchado ya?—pregunta el príncipe á su secretario.

—Sí, se han marchado ya. Querían ver á V. A. y me ha costado gran trabajo disuadirlos de su propósito, diciéndoles que aún no estáis bien de salud y que los médicos os han recomendado el más absoluto reposo.

—¿Y á qué han venido?

—¿Qué se yo!... A proponer á vuestro padre un nuevo levantamiento, á... ¡no sé!... ¡no sé!...

—¿A qué?... Habla... Parece que estés cohibido...

—Es que temo disgustar á V. A.

—Eso quiere decir que se ha tratado de mí.

—Sí, Alteza. Han venido á quejarse porque no os casáis. Según ellos, os debéis á la patria y es preciso asegurar la sucesión al trono.

El príncipe lanza una carcajada sardónica.

—¿Conque la sucesión al trono? ¿A qué

trono?... Esas pobres gentes viven en un mundo imaginario.

—Se refieren, Alteza, al trono de vuestros mayores, que por legítimo derecho os pertenece.

—¿También tú?... ¿No has visto en nuestras incursiones por la patria que allí nadie se acuerda de nosotros más que para execrarnos? Cierto que hemos encontrado algunos fieles partidarios capaces de perder la vida por nosotros, pero, ¿cuán pocos son!... Los clérigos, nuestros más decididos defensores, tienen todo lo que nosotros les podríamos dar y aún quizás más, ¿para qué, pues, se van á indisponer con los que mandan?...

—V. A. exagera.

—¿Que exagero? Vamos, hoy te has propuesto contrariarme.

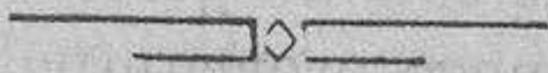
—No, Alteza. Mis palabras sólo están dictadas por el deseo de veros aclamado Rey.

—¡Aclamado rey! ¡Aclamado rey!—repite el príncipe con un gesto de cansancio y tristeza. Y luego prorrumpe colérico:

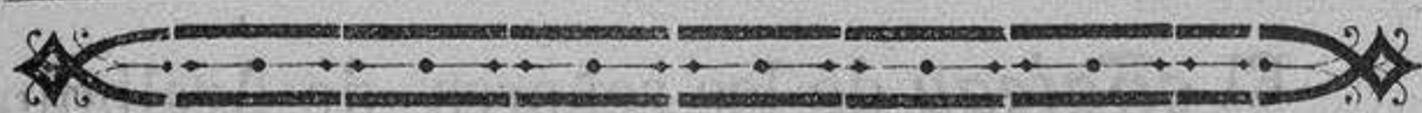
—¿Hasta cuándo, hasta cuándo va á durar la estúpida farsa?... ¿Cómo voy á ser rey con los escándalos que ha habido en la familia?... ¿Cómo voy á ser rey, si tú, imbécil, sabes mejor que nadie que no puedo ser rey?... ¿Que me case, que me

case con Isabel de Normandía, que me case con la archiduquesa Berta!... Yo no me puedo casar. Mi padre se casó y gozó por cien generaciones... Quizás en un momento de embriaguez me engendró así... No hablemos más, no hablemos más de estas cosas... Yo soy como el hijo del capitán Alving, el personaje de Ibsen, que paga las culpas de su padre... Cualquiera día me quedo idiota y me muero pidiendo el sol... ¡Ah! ¡Y el sol no se ha hecho para mí! El sol no alumbrará jamás mi alma llena de tinieblas... Da órdenes para que preparen mi equipaje... Mañana mismo quiero volver á la guerra...

Y el príncipe Oscar, abrumado por súbita desesperación, solloza con el rostro oculto entre las manos...



IDILIO ROTO



IDILIO ROTO

Los árboles están cubiertos de florecillas albas, como los copos de nieve; de florecillas de color de rosa, como las ilusiones de la adolescencia. Un sol primaveral espejea en las aguas del estanque, donde crecen nenúfares y lirios blancos. De la vecina montaña, cubierta de pinos y olivares, viene un aroma balsámico. Por el cielo azul cruzan bandadas de palomas, que hacen vibrar el aire luminoso con el batir de sus alas. En la lejanía se descubre el mar cerúleo, que chispea como bruñida lámina de metal. Mansas y arrulladoras se deshacen sus olas en espuma de plata. Por su superficie se deslizan, con las velas hinchadas por el viento, las barcas de los pescadores...

En un altozano se eleva una ermita rodeada de cipreses. Canturrea un pastor tejiendo cuerda de esparto, mientras cuida á sus ovejas que pacen con idílico rumor de esquilas. Reina en el ambiente una dulce paz...

El *château* de los señores de Arellano está situado en el punto más pintoresco del paisaje.

Nada falta en él para hacer grata la vida. Por los enarenados senderos, arrastran sus colas pomposas de irisados plumajes los pavos reales. Festonean sus balconadas de piedra blancas palomas que se arrullan enamoradas y juntan sus piquitos de color de rosa. Y en el huerto, junto á la morisca palmera, crecen los naranjos de frutos de oro, los granados de flores rojas, los magnolios y los jazmineros que exhalan un perfume embriagador.

En las caballerizas piafan nobles brutos, y en las cocheras relucen carrozas principescas de muelles suaves y cojines de raso. Y en el *garage*, los automóviles, ligeros como el viento, semejan mónstruos prehistóricos que guiñan silenciosos y adormilados sus ojos de cristal; aquellos ojos que, por las noches, al cruzar raudos las carreteras, parecen brasas del infierno, deslumbradoras y fascinantes pupilas de vestiglo...

No obstante, en el interior del palacio reina una infinita tristeza.

El señor de Arellano se muere lentamente, sin que haya remedio para su mal.

*
* *

Es D. Alvaro un hombre joven, pues apenas ha cumplido treinta años. Hasta hace poco no había ser más dichoso que él en el mundo. Su esposa y sus hijos, dos bebés encantadores, lo idolatraban, y él les correspondía con el mismo amor. Ante sus ojos alegres se ofrecían largos años de dicha.

Pero de pronto, todo ha cambiado. D. Alvaro ha perdido la salud. Lo que al principio creyó ligera indisposición, convirtióse en terrible dolencia. Y el mozo apuesto y gentil, orgullo de su esposa y envidia de las demás mujeres, es ahora un pálido fantasma de ojos hundidos, pómulos salientes y lacios cabellos.

¡Pobre D. Alvaro! Sentado en una butaca, cerca de la ventana de su gabinete, contempla el delicioso paisaje. ¡Nunca le pareció tan hermoso! Un tibio rayo de sol le calienta los pies. Las brisas primaverales suben del jardín saturadas de perfumes.

—¡Qué bien se está aquí!—exclama con débil voz.

Su esposa le acaricia con la mirada. También ella está pálida; también parece una enferma. De alegre que era, se ha tornado melancólica, y sus ojos, antes tan claros y brillantes, se ven ahora de continuo empañados por las lágrimas.

—¿Te sientes mejor...?—le pregunta mimosa.

—¡Oh, sí, muchísimo mejor!—le contesta el cuitado, con una triste sonrisa.

Ella, inclinada sobre la butaca, le pasa la mano por la frente sudorosa, y le alisa los lacios cabellos.

—Poquito á poco... Ya verás, Alvaro mío, como todavía hemos de ser muy felices.

—¡Felices...! Ya lo hemos sido... No nos faltaba nada... Pero qué poco duró nuestra dicha...

—No te aflijas... Dentro de quince ó veinte días estarás completamente bueno...

—¡Quince ó veinte días! ¡quince ó veinte días...!—repite D. Alvaro, moviendo la cabeza con un gesto de duda.

¡Qué no daría él por recobrar la salud en tan breve tiempo...! Pero esto debe ser imposible. Los mejores médicos le han visitado, y á través de sus palabras alentadoras, ha adivinado la inutilidad de su ciencia. Y esto es lo que le desespera y le hace prorrumpir en amargas quejas. ¿Para qué le sirven sus millones, si con ellos no puede encontrar alivio para su mal...?

El desaliento vuelve á hacer presa en su alma. En vano se esfuerza su esposa en hacerle concebir una esperanza. Está sentenciado á muerte... Por momentos siente que se le escapa la vida... Y se estremece de terror...

Nó; él no quiere morir tan joven, cuando la vida le sonrío...

Contemplan sus ojos el mar que chispea, las blancas velas hinchadas por el viento, y tiene envidia de los pescadores humildes. Dios no les ha dado riquezas, pero los ha dotado de unos cuerpos robustos, en los cuales no hacen mella los fríos y las ventiscas. En estos días de bonanza, gozan de una dicha jamás experimentada por los demás hombres. Hasta sus barcas solitarias, no llega el ulular de las multitudes que se atropellan en las ciudades para alcanzar el triunfo, un efímero triunfo, en la lucha por la vida. Y alejados de los insectos de la tierra y del vil contagio de las pasiones humanas, sus almas primitivas é ingenuas, son azules, transparentes y luminosas como el cielo y el mar.

D. Alvaro, con los sentidos aguzados por la terrible dolencia que arruina su cuerpo y parece convertirlo en espíritu, piensa ahora unas cosas extrañas y bellas, que jamás le cruzaron por la mente en los días felices, cuando no tenía más preocupaciones que sus caballos, sus automóviles, sus cacerías y sus partidas de *baccarrat* y de *bezique*.

Al atalayar al pastor que canturrea tejiendo cuerda de esparto, le envidia también. Para aquel bausán, poco más inteli-

gente que sus borregas, no hay pesares en el mundo.

Entre los liños de árboles y los verdes herrenes que ondulan impulsados por la brisa, descubre hombres encorvados que con sus brazos morenos y fuertes escarban la tierra. Y entonces, piensa que estas rudas faenas son las que dan la salud.

Y en su egoismo, no se acuerda de los infinitos dolores de los que trabajan, de los que sucumben sin tener á su lado una bella mujer que les cuide, y sólo esperan su alivio de la bondad de Dios.

—¿No sabes? — le dice su esposa para distraerlo de sus tristes cavilaciones—¿Tengo una buena noticia...!

—¿Una buena noticia...?—interroga el enfermo.

—Sí... El moro Alí-Ben-Jarif ha ofrecido venir esta tarde.

—¿El moro! ¡Ah! sí, ese prodigioso curandero árabe, del cual se cuentan tantas maravillas... Bueno... está bien—dice don Alvaro, desalentado é indiferente.

¡Han ido tantos á verle!... Médicos famosos, saludadores que poseen rara virtud, frailes y monjas milagreras han pasado por el *chateau*, sin que dejasen en pos de sí más que engañosas palabras. ¡Qué importa, pues, que vaya un embaucador más á sacarle los cuartos con sus bellas mentiras!

¡Sólo Dios es poseedor de la verdadera ciencia, y éste lo tiene olvidado! ¡Ah! Lo tiene olvidado, á pesar de las súplicas de su esposa, y de las continuas ofrendas, y de los cirios benditos, y las lamparillas de aceite, y las misas solemnes...

—¡Qué...! ¡No he hecho bien en avisar al moro? —le interroga la esposa con dulzura.

--Sí, sí has hecho bien —se apresura á contestar D. Alvaro.—Sólo que me parece que es inútil.

--¡Quién sabe...! ¡A veces...! —insinúa la bella mujer deseosa de reanimar al enfermo.

*

**

Alí-Ben-Jarif acaba de llegar en automóvil al *chateau*, y penetra en la estancia del enfermo.

Es un hombre de regular estatura, color cetrino, barba negra y ojos penetrantes, que viste una lujosa túnica de raso morado, y blanco turbante al estilo de su país. Al sonreír, muestra una dentadura deslumbradora.

A pesar de poseer en alto grado el dominio de sí mismo, al acercarse á D. Alvaro, no puede reprimir un gesto de conmiseración piadosa. Pero inmediatamente, vuelve á aparecer en sus labios la eterna y amable sonrisa que tan simpático le hace á los en-

fermos. Y entre sus manos, grosezuelas y morenas, acaricia la mano pálida y exangüe de D. Alvaro.

Y Alí-Ben-Jarif le habla de unos elixires, de unos bálsamos maravillosos compuestos de hierbas cojidas por él mismo en las cordilleras del Atlas, y cuyas virtudes medicinales son infalibles.

D. Alvaro y su esposa le escuchan suggestionados, como á un mago que poseyese los más recónditos secretos de la naturaleza.

Y él, viendo que sus palabras producen consuelo, continúa explicando, en una algarabía levantina compuesta de pintorescas palabras, los efectos de sus medicinas primitivas, de más seguros resultados que las drogas que con pomposos nombres recetan los doctores.

Y es tal la fascinación que ejercen su mirar profundo y su eterna sonrisa, que D. Alvaro, sólo con oírle, se siente consolado.

—¿Volverá usted, Alí-Ben-Jarif? ¿Volverá usted pronto?—le interroga la esposa, suplicante, al despedirle fuera de la estancia, poniéndole en la mano un fajo de billetes.

—¡Oh, mi bella señora!—dice el moro con acento de tristura.—Cuando yo vuelva, vuestro esposo ya estará con Aláh. Siempre os acordáis tarde, siempre llamáis al morito

á última hora, cuando sus bálsamos no pueden destruir la ponzoña...

La infortunada dama, prorrumpe en sollozos al oírle.

¡Todos lo mismo! La pungida señora recuerda las palabras de la quiromanta Madame Floria, al examinarle las líneas de la mano:

«La señora se quedará viuda dentro de poco tiempo... pero todavía será feliz».

¡Nó! Si su marido se muere, ya no habrá para ella felicidad en el mundo...

Y solloza, desconsolada.

*
* *

—Abre las ventanas... Déjame ver cómo se pone el sol... Creo me voy á morir... — dice D. Alvaro á su esposa, que ya no oculta su llanto.

El perro favorito del caballero, un hermoso galgo blanco como el armiño, está tendido á sus pies. Con su hocico sonrosado le lame las manos cadavéricas. En sus ojos inteligentes hay una tristeza humana.

— ¡Pobre *Shylock!* — balbucea el enfermo. — Se muere tu amito...

El noble animal, como si comprendiese las tristes palabras, lanza un gañido melancólico.

El cielo azul, se torna color de rosa. Regresan las barcas de los pescadores hacia

la playa, y sus velas parecen de púrpura.
La esquila de la ermita, tañe dulcemente.

¡Din! ¡Dan...! ¡Din! Dan...!

Por delante de la ventana, cruzan con vuelo inseguro, negros murciélagos salidos de la sombra.

De pronto, en el hotel vecino suenan las notas de un piano.

Como en un éxtasis, D. Alvaro abre los ojos, hace un esfuerzo supremo para incorporarse en su butaca, y presta atención.

Una voz dulce, de hombre joven, modula unas notas.

*E luceva le stelle...
e olezzava la terra...*

En el bello crepúsculo se pierden como un lamento los primeros acordes.

Mario infeliz, condenado á muerte, evoca las tiernas remembranzas de un bien perdido.

Una queja desgarradora se escapa de su pecho adolorado.

¡Oh dolci baci, o languide carezze!

D. Alvaro, escucha anhelante, con el cuello erguido, con los ojos muy abiertos.

La angustia infinita de su alma, su juventud que protesta airada contra la idea de la muerte, su amor á la vida llena de promesas y de halagos, y el saudoso recuerdo de los días felices, son interpretados, de

un modo fiel y conmovedor, por la inspirada romanza.

Svanni per sempre il sogno mio d'amore l'ora é fuggita... é muio disperato.

¡Ah! Sí, él muere desesperado... Es una iniquidad arrebatarle la vida... Por sus mejillas se deslizan gruesas lágrimas.

Como un grito desgarrador, resuenan las últimas palabras

¡E non ho amato mai tanto la vita!

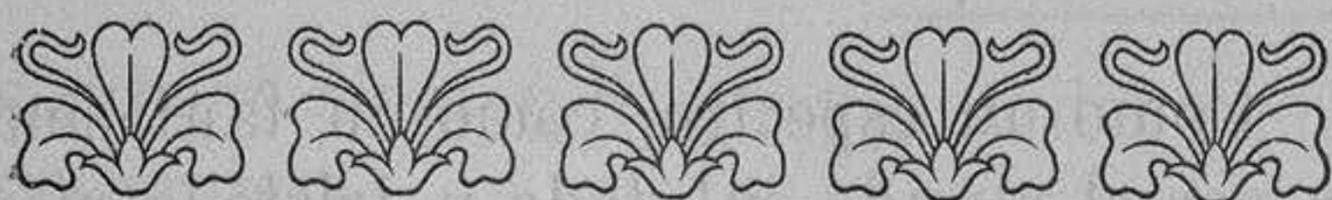
El enfermo deja caer la cabeza pálida en el respaldo de la butaca, y llora silenciosa y desesperadamente.

Su esposa, se inclina sobre el moribundo, y le besa en la frente. *Shylock*, lanza un lúgubre ululido.

Y allá, en lo alto, aparece el Véspero, la estrella del amor, que lagrimea al contemplar aquella vida juvenil que se extingue, y aquel idilio roto.



LA VIEJA EMPERATRIZ



La vieja emperatriz

Va por el mundo enlutada y triste la vieja emperatriz. Su dolor augusto tiene la grandeza del mar impasible que ha presenciado en su existencia secular tremendas catástrofes y horribles naufragios. Como las ondas salobres está llena de amargura su alma de mujer y de reina. Son sus días postrimeros como un crepúsculo largo y melancólico que infunde infinita tristura.

¡Descubríos respetuosos ante la vieja emperatriz! Si sois poetas arrancad de las cuerdas de vuestra lira los acordes más lastimeros para llorar la muerta belleza de la egregia dama que iluminó el mundo por un instante, como un rayo de sol. Si sois filósofos, meditaad ante este ejemplo vivo sobre lo efímero y deleznable de las grandezas humanas. Si sois hombres nada más, aprended á ser humildes y compasivos ante esa vida de faustos, de infortunios y de triztezas inenarrables.

Como un espectro, como un fantasma, va por el mundo enlutada y triste la vieja emperatriz.

En pos de sus pasos vacilantes de octogenaria, parece que surge un siglo entero de esplendores, de magnificencias, de batallas, de conquistas y de tremendas derrotas.

Esa viejecita es la gracil doncella que con su peregrina hermosura cautivó hace cincuenta años el corazón de un emperador. Es la gentil amazona que al lado de su marido y seguida de deslumbradora escolta, veía inclinarse á su paso las gloriosas banderas y las espadas refulgentes... Es la que se admira todavía retratada en los palacios versallescós, con los negros cabellos ceñidos por imperial diadema, desnudos los hombros de diosa... Es la que al cruzar por las calles de la urbe gigantesca, capital de sus Estados, era aclamada con delirio por la multitud, orgullosa de tener como soberana á la más bella mujer del mundo.

¡Esa anciana encorvada, temblorosa, con el cabello blanco pegado á las sienes y el rostro surcado de arrugas, es ella, es la emperatriz!...

¡Descubríos, descubríos respetuosos...!

Vosotros no sabéis cuán amarga es su pena. Nadie es capaz de comprender lo que

siente su alma y lo que piensa del mundo esa mujer.

Dicen que mata el pesar. Nó, eso es una mentira, porque si el pesar matase, ya ha-ee mucho tiempo que hubiera muerto la vieja emperatriz. Y la emperatriz vive, y abismada en su dolor, observa indiferente cómo el mundo se transforma, y los tronos se derrumban y en la inmensa vorágine del no ser desaparecen reyes, magnates, guerreros y generaciones enteras.

¡Ah! ¡Si hablase la emperatriz! ¡Si pudiese expresar francamente el concepto que tiene formado de los seres y de las cosas!...

Ningún sabio, ningún filósofo atesora el caudal de sabiduría y de experiencia que posee la viejecita octogenaria.

Ella sí que podía afirmar con Schopenhauer, que no hay nada positivo en el mundo más que el dolor.

Ella sí que podía escribir un libro de más negro pesimismo que las máximas amargas de La Rochefoucauld.

Gozó de todos los halagos, de todas las grandezas y vió como todo se convertía en humo y polvo deleznable.

Y es su vida una terrible tragedia de lágrimas y de espanto.

¡Pobre emperatriz! ¡Pobre viejecita octogenaria!...

A pesar de los años transcurridos la

persigue una tremenda pesadilla de horrores y de sangre.

En sus sueños febriles ve con frecuencia campos de batalla cubiertos de cadáveres, ciudades incendiadas, ejércitos derrotados, multitudes famélicas y furiosas que la execran y la maldicen, Y ve á su esposo el emperador, prisionero, entregar su espada. Y ve á su hijo el príncipe imperial, su único amor, su última esperanza, caer acribillado por envenenadas flechas en un país salvaje...

¡Ah! ¡Si matase el pesar ya hace mucho tiempo que hubiera muerto la vieja emperatriz!...

Primero la hirió el destino cruel en sus afecciones más íntimas, en sus amores más tiernos, y luego fué escogiendo sus víctimas entre sus hermanos de realeza, entre sus más caras amistades.

¿Dónde, dónde encontrará la calma y el olvido?...

Sólo en el mar, sólo en el mar á donde no llega el eco de la inconstancia y perversidad de los hombres.

Y la augusta dama pasa la mayor parte del tiempo en su lindo yate, viajando sin rumbo por los mares azules, dialogando por las noches con las estrellas, en cuyo diamantino fulgor cree reconocer la mirada

dulce de su hijo el infortunado príncipe imperial

¡Ah! En estas correrías solía encontrarse á menudo con otra desdichada mujer. Como ella, ceñía á sus sienes una corona de emperatriz. Como ella, había gozado en su juventud de espléndida hermosura. Como ella, lloraba al hijo muerto en una tragedia de amor...

La última vez que se vieron fué en una isla florida. Bandadas de blancas palomas cruzaban por el azul. De los naranjos en flor se exhalaba un penetrante perfume. Todo era paz, luz y alegría. Sólo estaban tristes las almas de las dos majestades.

Fué muda la entrevista de las ancianas angustas. ¿Qué se iban á decir? ¿Acaso había palabras bastante elocuentes que pudiesen interpretar sus dolores?

Pero al despedirse la emperatriz, que tenía en la juventud los cabellos de oro, besó apasionada á la emperatriz morena y musitó presa de un terrible presentimiento:

—¡Oh! ¡*Ma chérie!* ¡*Ma chérie!* ¡Ya no nos volveremos á ver más!...

Y en efecto, á los pocos días era víctima de un atentado cobarde y salvaje.

¡Qué sola, qué sola se ha quedado la vieja emperatriz!...

Todos los días se entera estoica de nue-

vas catástrofes, de nuevas víctimas, de nuevas tragedias.

Ya murió también su amiga íntima la reina de Iberia, abandonada y triste en el destierro.

Ya sucumbió al peso de los años y de la gloria la soberana más poderosa del mundo, su insigne protectora en la desgracia.

Y muchos jóvenes de real estirpe que ella meció en sus rodillas y acarició con sus manos de jazmín, han rendido también su tributo á la muerte.

Y otros viven en continuo sobresalto, acosados y perseguidos por los hombres rebeldes.

Y aquí es un rey mancebo á quien asesinan bárbaramente durante la noche, arrojando su cadáver á la calle por las ventanas del palacio.

Y más allá es una pareja de adolescentes que ven estallar al pie de su carroza dorada una bomba formidable, cuando todavía no han tenido tiempo de cambiar el primer beso.

Y más allá aún es el emperador joven, sitiado en su alcázar, odiado, escarnecido, á quien sus mismos parientes convierten en verdugo de su pueblo.

Y más allá es una princesa loca que renuncia á sus derechos de madre y de reina y escandaliza á Europa con sus amores...

¿Dónde, dónde encontrará la calma y el olvido la vieja emperatriz?...

¿En qué confín de la tierra no llegarán á sus oídos estas tragedias, estos crímenes y estos escándalos?...

Va el yate imperial surcando las aguas azules. Ya sabe su augusta dueña que donde quiera que dé fondo la esbelta nave, sólo ha de encontrar tristezas y dolores. Pero hay tierras de sol, tierras floridas que le recuerdan los años de su juventud y merecen su predilección.

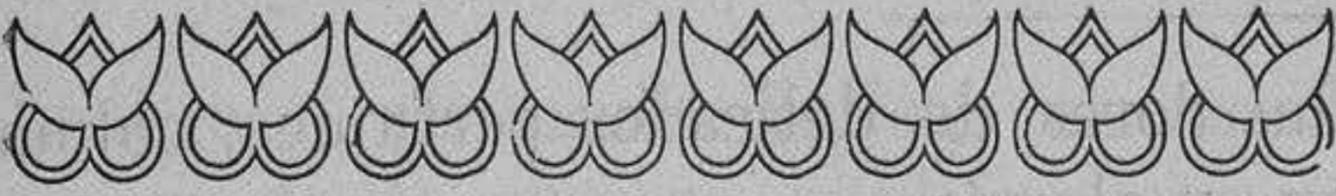
Y en los crepúsculos de rosa, acariciada por las brisas perfumadas, permanece extática y callada esperandola muerte, la muerte igualitaria y niveladora que al fin ha de llegar...



LOCOS

Yves Tassinari

¡LOCO!



¡LOCO!

PARA DARDO ESTRADA

La reina consorte, los príncipes, los nobles y los ministros estaban descontentos del rey.

Aquel soberano, dulce y melancólico, no servía para reinar. Descuidaba los negocios del Estado y permanecía días enteros encerrado en su biblioteca.

Ni las súplicas de su augusta esposa, ni los consejos respetuosos de sus validos, lograban sacarle de aquel aislamiento. Era enemigo de las pompas cortesanas y de las exhibiciones deslumbrantes, y considerábase feliz cuando, después de aquellas lecturas y encierro voluntario, podía pasearse solo y pensativo por las silenciosas y agrestes alamedas de los parques reales ó por los enarenados senderos del extenso jardín de su palacio.

Las avecillas de los cielos, á las cuales atraía á su alrededor con infinidad de golosinas, los insectos de alas transparentes

Constantino Piquer

y las flores de delicados perfumes, colmaban su alegría.

Y no era raro verle inclinado sobre la verja del estanque contemplando con infantil embeleso los dorados pececillos, los nenúfares de hojas grandes y redondeadas y de blancas flores que se mecían sobre las aguas azules, y los hermosos cisnes que con las plumas rizadas por la blanda brisa, navegaban gallardos.

La reina sufría lo indecible al ver la indiferencia de su esposo en todos aquellos asuntos que concernían al esplendor del trono y al alto respeto que debía guardarse á la excelsa jerarquía que á Dios plugiera concederles. Los príncipes de sangre real y los individuos todos de la más linajuda y coruscante nobleza, comenzaban á ver en su monarca un misántropo estrafalario que rebajaba, sin percatarse de ello, la dignidad augusta del representante del derecho divino. Y los ministros y empingotados próceres hacían mangas y capirotes en los negocios públicos y consideraban á su rey y señor como á un poeta plañidero de los que se estilaban entonces, perdido por completo en las esferas de lo imaginario y fantástico é incapaz, por ende, de juzgar los grandes proyectos y mejoras que todos ellos—como grandes patriotas que eran y hombres de recta conciencia—rea-

lizaban ó pensaban realizar en aquellos ramos de la riqueza pública que se les habían encomendado.

En tanto, el monarca, dulce y melancólico, seguía leyendo sus libros favoritos y paseándose por las agrestes alamedas de los parques reales, donde las avecillas de irisados plumajes buscaban su amistad y las mil golosinas con que solía obsequiarlas el augusto poeta...

*
* *

Cuando á la muerte de su hermano mayor supo Jenaro, todavía niño, que á él le tocaba ser rey, sufrió un tremendo disgusto y se puso á llorar amargamente. Convenciéronle al fin, de que Dios, en sus inexcrutables designios, era el que le imponía tal sacrificio para hacer la felicidad de los millones de criaturas que vivían en sus estados, y entonces resignóse á ser rey con el santo propósito de labrar la dicha de sus amados súbditos.

Más tarde sufrió otra contrariedad terrible. Jenaro amaba á una mujer digna, por su bondad y su belleza, de ser la encantadora soberana del imperio más poderoso. Aquella mujer, sin embargo, no era de real estirpe, y aunque de antigua nobleza, de no muy extraordinarios caudales. La razón de Estado obligó al rey á casarse.

con una princesa extranjera, á quien respetó siempre, pero que nunca pudo amar porque su tierno corazón pertenecía á otra.

Y entonces, más que nunca, creció su afición á los libros y á los paseos solitarios por las agrestes alamedas de los parques reales...

*
* *

El rey tenía otra pasión que embargaba por completo su existencia. Profesaba un amor infinito á los pobres, á los humildes, á los que tienen hambre y se mueren de frío en las noches crueles del invierno. En vez de la púrpura real, hubiera preferido vestir el burdo sayal del penitente, é ir por aldeas y ciudades consolando al triste y fortaleciendo al débil con palabras de inmensa ternura y risueñas esperanzas.

Jenaro repartía su crecido peculio entre los desdichados, y muchas veces, sin ser visto de nadie, salía de su palacio por una puerta secreta y recorría la gigantesca ciudad que era capital de sus estados, visitando á los pobres y á los enfermos, á quienes entregaba puñados de oro que caían en los tristes hogares como una santa bendición de Dios misericordioso, compadecido al fin de tantos dolores y miserias.

Y los desheredados y los hambrientos,

los que sufren y lloran sin esperanza y sin consuelo, llegaron á creer en su candidez agradecida, que aquel señor dulce y melancólico, que tenía los ojos azules y las manos blancas y delicadas como las de una mujer hermosa, era el mismo divino Jesús que había venido al mundo por segunda vez, para impedir que se desquiciara por completo, á causa de la soberbia de los poderosos y de la desesperación de los que nada poseen.

Jenaro, cada vez más condolido del humano sufrir, repartía tesoros á manos llenas.

Y una vez agotados sus recursos, no vaciló un instante en llamar á un judío famoso para empeñarle en secreto la regia corona, cubierta de záfiro de azul transparente, encendidos rubíes, verdes esmeraldas, perlas de purísimo oriente y diamantes de deslumbradoras facetas.

¡Nada valía para él aquella joya que al fin y al cabo no era más que un símbolo, comparada con los centenares de vidas que iba á librar de la miseria y quizás de una muerte próxima!...

*

**

Se enteró la reina, se enteraron los ministros y se reunieron en consejo. Y después de disentir largamente, acordaron que

un célebre alienista observase al rey y certificase su triste y deplorable extravío, porque con su disparatada conducta, comprometía la dignidad real y ponía en ridículo la seriedad del trono.

El médico, anciano de luengas barbas y escrutadora mirada, apenas escuchó algunas palabras del rey, convenciósese de su locura, y así lo expuso ante el grave Senado.

Las ideas humanitarias y altruistas hasta la exageración del infeliz monarca, tenían su origen en un sentimentalismo morboso y eran fomentadas por la lectura apasionada de una porción de obras de tendencias antisociales y perturbadoras de lo existente, que se habían encontrado escondidas en el despacho del rey.

En vista de tan autorizada opinión, declaróse á Jenaro incapacitado para reinar y nombróse regente del reino á la graciosa y augusta soberana...

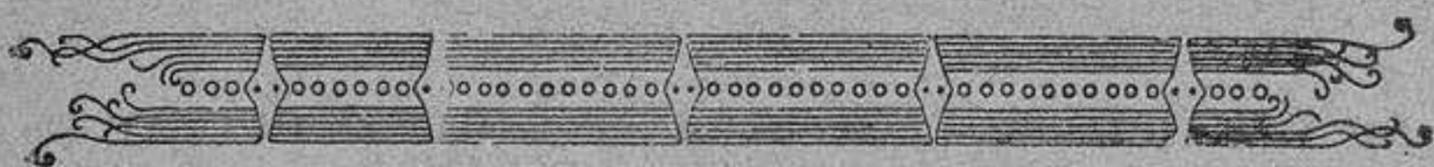
*
* *

Recluído Jenaro en una posesión real, pasó la vida sin olvidar un solo momento su locura. Cuando se acordaba de los humildes, de los que sufren, de los que padecen hambre y sed, asomaban lágrimas de conmiseración á sus ojos azules y nublábase su dulce semblante. Libre de la

penosa tarea de reinar, paseábase entre melancólico y satisfecho por las agrestes alamedas y contemplaba, con infantil embeleso, las avecillas de irisados plumajes, los dorados pececillos y las plantas acuáticas de grandes y redondeadas hojas y blancas flores que se mecían sobre las aguas glaucas de los lagos en miniatura...



DÍA DE INVIERNO



Día de invierno

—Oye, Jorge; acércate.

—¿Qué deseáis, señor?

—Que me aburro mucho, Jorge, y no sé cómo ahuyentar esta murria espantosa que me consume.

—Los grandes de guardia, señor, no esperan más que vuestras órdenes para complaceros. ¿Por qué no les llamáis y emprendéis una partida de ajedrez ó de tresillo?

—Ya sabes, Jorge, que el juego no me distrae. Además, eso de ganar siempre, me hace poca gracia. ¡Son tan complacientes los grandes de mi reino!...

—¿Por qué no vais de caza?... Los cotos de vuestra majestad están llenos de corzos y venados, y el ejercicio á caballo desentumecerá vuestros miembros y alegrará vuestro espíritu.

—Tengo horror al frío y á la niebla, y no quiero moverme de mi palacio... Mira,

se me ocurre una idea... Manda cerrar todas las ventanas y que enciendan las luces... No quiero ver ese cielo gris y esa lluvia constante... Que todas las damas de la corte se atavíen con sus mejores galas y que invadan en alegre tropel estos salones... Que las flores más delicadas de mis estufas se esparzan profusamente por todas partes... Que los vinos más exquisitos de mis bodegas se coloquen en la mesa grande para beberlos alegremente... Anda, Jorge... que me aburro mucho y no sé cómo ahuyentar esta murria espantosa que me consume...

Jorge salió de la real estancia dispuesto á cumplir las órdenes de su rey y señor.

*
* *

El salón del trono, de columnas de alabastro, convirtiéndose en jardín magnífico. Las camelias blancas, las rosas purpurinas y los claveles lo cubrían todo... Las plantas más raras lucían allí su pomposo ramaje... Mil pintados pajarillos, encerrados en jaulas de oro, entonaban trinos y gorjeos... Aquello parecía un jardín en todo su esplendor primaveral... Y para que la ilusión fuera completa, el buen Jorge había mandado colocar en el centro de la regia estancia un surtidor, cuyos hilos de aguas

cristalinas caían como rosarios de perlas sobre una taza de bronce.

En el salón contiguo, engalanado con la misma profusión de plantas y de flores, se veía una inmensa mesa cubierta de rosas, sobre la cual lucían cristales de Bohemia y jarros de plata. El Jerez despedía dorados reflejos, las botellas de Burdeos brillaban como topacios, el Chartreuse, con su color verdoso y transparente, recordaba las pupilas de las ninfas, y el Champagne hervía dentro de los frascos dispuesto á salir estrepitosamente.

Una orquesta, compuesta de afamados maestros, ejecutaba el vals favorito del monarca. Los invitados llegaban apresuradamente, llenos de joyas y pedrerías y deseosos de complacer al rey.

Todo estaba dispuesto, y Jorge apresuróse á dar la grata noticia á su soberano, casi seguro de que había de quedar complacido.

* * *

En la inmensa plaza del palacio, los árboles aparecían cubiertos de escarcha y los centinelas temblaban de frío. No se veía un alma; únicamente los coches de los nobles llegaban á todo galope y entraban por la altísima puerta del alcázar. ¡Qué triste estaba todo, qué triste, y qué bien hacía el

poderoso monarca en mandar cerrar las ventanas de su palacio para no ver aquel cielo gris, aquellos árboles sin hojas y aquellos pobres centinelas tiritando de frío!...

*
* *

La fiesta estaba ya en todo su apogeo. El rey había logrado olvidar por un momento su tristeza. Las mandarinas, semejantes á pepitas de oro, las flores perfumadas y los vinos generosos, habíanle devuelto la felicidad. En aquella primavera artificial no lucía el sol; pero mil lámparas preciosas derramaban deslumbradora luz. La orquesta no cesaba de tocar un punto el vals favorito del monarca, aquel vals que parecía un himno á la juventud y la alegría. Multitud de parejas jóvenes bailaban al compás de la música, y en la mesa del banquete chocaban las copas y oíase el suave *glu glu* de las botellas al verter su precioso contenido en los vasos cincelados.

¡Qué idea tan feliz había tenido el monarca! Allí estaban radiantes de alegría los príncipes, los grandes y las hermosas. Ellos, luciendo brillantes uniformes; ellas, deslumbradoras de belleza y engalanadas con ricas preseas.

El rey escuchaba por todas partes felicitaciones entusiásticas, y él mismo se congratulaba por haber improvisado aquella

fiesta singular, la mejor de todas las que había celebrado durante su reinado.

—¡Ah! ¡qué dicha tan grande, pensó el rey, ser poderoso para combatir el frío y la tristeza que producen los días ateridos del cruel invierno!...

*
* *

De pronto, en la inmensa plaza se escuchó un rumor sordo y terrible. Ni el rey ni los nobles lo notaron al pronto, entretenidos con las delicias del banquete.

Un grupo de soldados y una multitud miserable y hambrienta pugnaban por entrar en el palacio. Los centinelas encargados de custodiarle apenas tenían fuerzas para defenderse, medio muertos de frío, y los revoltosos avanzaban hacia el interior profiriendo terribles amenazas.

Jorge, el leal servidor del soberano, entró precipitadamente en el salón gritando lleno de dolor y miedo:

—¡Salvaos, señor, salvaos!... El populacho quiere entrar en el alcázar, y no hay quien os defienda.

El rey y sus cortesanos permanecieron inmóviles en sus asientos, poseídos del mayor espanto. Cesó de sonar el vals favorito del monarca, que parecía un himno de alegría, y entonces sí que se oyeron los gritos estentóreos de la multitud desarrapada.

—Salvaos, señor, salvaos, que no hay quien os defienda—volvió á gritar Jorge.

Y cogiendo al monarca por una mano, le condujo á una puerta secreta, por donde desaparecieron llenos de terror el rey, los príncipes, los nobles y las hermosas.

*
* *

Los amotinados no tuvieron que vencer grandes obstáculos para penetrar en el palacio, y cuando llegaron al salón de la fiesta tropezaron con los restos del espléndido banquete. A falta de la sangre de nobles que iban buscando, bebiéronse los ricos licores de color de topacio, y el Jerez que despedía dorados reflejos, y el Chartreuse, que con su color verde y transparente recordaba las pupilas de las ninfas, y entonces pensó el pueblo desnudo y miserable:

—¡Qué dicha tan grande ser poderoso para combatir el frío y la tristeza que producen los días ateridos del cruel invierno!...



¡IMPERATOR!



¡IMPERATOR!

Su excelencia descansa breves instantes. Desde el amanecer no ha tenido un momento de reposo. Ha jugado una partida de *lawn-tennis* en el jardín, se ha desayunado frugalmente, ha leído, atento, el extracto de la prensa del día, ha despachado la correspondencia con sus secretarios, y, finalmente, ha recibido en audiencia á los ministros, los *aldermen* y los *assemblymen* (1), que le han hablado de mil asuntos diferentes. También le han visitado algunos multimillonarios, reyes del acero, del azúcar y del petróleo, miembros importantes de los *trust* poderosos.

Benévolo, los ha escuchado á todos, y tras breves palabras, cortadas y enérgicas, ha concluído por imponer su voluntad.

Su excelencia el Presidente es un hombre cincuentón, de robusto pecho, cabeza

(1) Concejales y diputados.

redonda y penetrante mirada. La correcta levita se ajusta á su torso de atleta como una coraza. Puesto de pie tiene su figura el aplomo y la pesadez de un luchador romano.

¡Oh! El admirable Jefe de Estado! Nadie como él puede representar al pueblo coloso, modelo de energía inteligente.

Su excelencia está pensativo. Su mirada severa, escrutadora, acostumbrada á bucear en las almas, tiene en estos instantes una vaguedad insólita. También á los hombres prácticos, á los hombres poderosos les gusta ensoñar. Y el ensueño del honorable Presidente está en armonía con su desmedida ambición...

Hasta el amplio despacho presidencial llega el ronco ululado de la urbe gigantesca, donde millares de criaturas luchan y se afanan.

Cordilleras de casas, altas como montañas, se columbran á través de los cristales. Espesas columnas de humo obscurecen el cielo gris y una inextricable red de hilos metálicos cruzan el espacio, transmitiendo de un extremo á otro ideas y palabras, que son dollars, que son ríos de oro.

Los ojos de su excelencia se abren desmesuradamente como si contemplasen una magnífica visión.

¡Nínive, Cartago, Babilonia, Alejan-

dría!... ¿Qué fueron estas antiguas ciudades comparadas con la capital modelo de urbes tentaculares, donde se asienta el nuevo Capitolio?...

De todos los confines del mundo acuden allí las gentes en busca de fortuna. Y en sus barriadas inmensas se confunden todas las razas. Y, como en otra Babel, se hablan todas las lenguas.

¿Dónde y cuándo hubo ciudad más culta? Por millares se cuentan sus bibliotecas, sus museos y sus escuelas. Los inventos más sorprendentes salen de allí. Y entre sus hombres, hay un mago prodigioso que aprisiona el sonido y transmite la voz humana, y eterniza los gestos más culminantes de la vida.

Nunca, nunca hubo pueblo más sabio ni poderoso.

Una raza nueva, una raza potente y angusta ha surgido en poco tiempo en la vastedad del suelo americano.

Y son sus hombres blancos y bellos como mitológicas estatuas. Y son sus mujeres inteligentes, denodadas é intrépidas como las amazonas del matriarcado...

Todavía se ensancha más la mirada del soñador, como si quisiese abarcar una extensión infinita.

Y atónito contempla populosas ciudades, ricos Estados, dilatadas praderas y

selvas vírgenes á donde hombres aventureros y fuertes, provistos de hachas y de rifles, llevan la civilización.

Y entonces recuerda su juventud inquieta, su vida de colono, sus caballos de largas crines, sus rebaños marcados al fuego, y sus cacerías de osos, gamos y bisontes.

¡Ah! El honorable Presidente sonrío satisfecho. Todavía, todavía se encuentra con fuerzas sobradas para volver á luchar con los elementos y las animalías feroces. Todavía se encuentra con arrestos para volver á mandar en la pelea á los intrépidos *rough-riders*...

Y continúa el ensueño... Un pueblo tan grande, un pueblo tan poderoso debía estar gobernado por un César... ¡Un César como él! Nacido de la multitud, elevado á la más alta magistratura por sus méritos indiscutibles, por su inteligencia y su valor...

Con su aspiración coincide el deseo de todos los ciudadanos de la gran República.

Y le parece que el ronco ululado de la urbe gigantesca clama, como Roma, un nombre augusto:

¡Imperator! ¡Imperator!

*
**

Antes de la Revista Naval, en el yate del Presidente se celebra espléndido banquete.

Su excelencia levanta su copa y pronuncia un *toast* lleno de ardor bélico.

En sus ojos escrutadores brilla una idea dominadora. Su redonda cabeza debiera estar tocada con alado casco de plata. Su pechazo hereúleo pide á gritos una coraza refulgente. Nó; la prosaica levita no sienta bien al paladín del imperialismo, al cantor de la fuerza.

Habla el honorable Presidente. Otra vez repite sus conocidas ideas.

Todos escuchan atentos y silenciosos.

«La nave del Estado únicamente puede ser bien dirigida cuando es posible en cualquier momento apuntar los cañones hacia el enemigo».

«Hace ya un siglo, Washington escribía: El medio más seguro para obtener la paz, es hallarse preparado para la guerra».

«Nelson ha dicho que la armada inglesa era el mejor diplomático de Europa, y no se equivocaba».

«Los hombres que más merecen nuestra gratitud son los que con mayor entusiasmo han hecho la guerra y los trabajos que con ella se relacionan».

«En el estado actual de los conocimientos navales y militares debemos poner nuestra confianza en los buques de guerra».

¡Hurra!, ¡Hurra!, grita el auditorio entusiasmado.

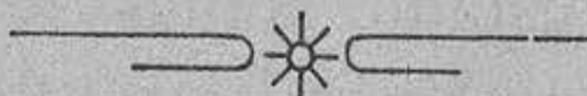
La música entona el himno nacional. Sí, si *the stars and stripes for ever*. ¡Que la bandera de la República flamee eternamente sobre todas las razas y sobre todos los pueblos, como lábaro inmortal del poder y la gloria...

El yate se pone en marcha. Al columbrarlo los formidables acorazados, lo saludan con salvas. En el puente va el Jefe del Estado, como un emperador. En la inmensa rada la multitud lanza gritos estentóreos de entusiasmo.

Pero en medio de su alegría añora un casco de plata y una coraza refulgente y una espada cincelada con el puño de oro.

Y el primer Magistrado de la República, en cuyos ojos se vuelve á reflejar una insólita vaguedad, cree percibir en el estampido de los cañones, los hurras, y el vocerío de la multitud, el anhelo de un pueblo ensoberbecido y fuerte que clama:

¡Imperator! ¡Imperator!



S. A. EL GRAN DUQUE



S. A. EL GRAN DUQUE

El gran duque odia las pompas cortesanas.

Al llegar á la mayor edad y tomar posesión de la colosal fortuna que le ha legado su padre, ha pedido su baja en el ejército como capitán de dragones.

Y ha hecho bien el gran duque. No es marcial su figura. Más parece un filósofo, un poeta ó un bohemio. No le sientan los arreos militares. Y cuando camina, va siempre pensativo, melancólico, abstraído en mil cavilaciones.

Su primo, el emperador, le ha censurado muchas veces este abandono. Pero él se ha encogido de hombros filosóficamente.

Odia la guerra, odia la disciplina militar. Y allá, en el fondo de su alma, siente una piedad inmensa por su primo el autócrata.

¡El autócrata! No puede menos de sonreír, entre burlón y benévolo, cuando oye

pronunciar esta palabra. ¡Pobre autócrata! El lo conoce mejor que nadie. En los días felices de la infancia eran compañeros inseparables. Juntos jugaban en el parque imperial. Juntos aprendían sus lecciones. Juntos comenzaron á sentir la tristeza de la vida.

Tenían el mismo carácter. Los dos eran humildosos, apartadizos. Y más que la esgrima, la equitación y los *sports* violentos, gustaban de leer versos bajo los tilos y tenderse sobre el mullido césped para ensoñar con los ojos fijos en el cielo.

El viejo emperador, que quería hacer de su hijo un temible guerrero, digno continuador de las tradiciones de su gloriosa estirpe, concluyó por separarlos.

Para el príncipe no hubo desde entonces más que ejercicios militares, tácticas, maniobras, manejo de armas y explicación de combates.

Y su primo el gran duque fué encerrado también en el colegio de los guardias nobles.

Cuando en las grandes fiestas palatinas se encontraban Pedro y Rodolfo, añoraban la perdida libertad, las mágicas lecturas y sus paseos soledosos á la orilla del estanque surecado por blancos cisnes y pececillos dorados.

Y el emperador, al verlos reunidos,

musitaba colérico: «¿Qué se estarán diciendo ese par de mentecatos?»

El príncipe fué adquiriendo cierta tiesura, cierto empaque más ficticio que real. Era el más pequeño de los Oneroff, y su padre, de altura gigantesca, de hercúleo torso y puños ciclópeos, lo contemplaba indignado y no sabía qué hacer para que su hijo tuviese una figura gallarda. Y el pobre muchacho iba siempre erguido, solemne, para no disgustar al emperador.

Rodolfo, en cambio, mostrábase cada vez más desaliñado, más escéptico, más enemigo de las etiquetas palaciegas y la severidad de la ordenanza.

Por consideración á su elevado rango, no lo expulsaron del colegio militar.

Al morir su padre, el gran duque Felipe, á punto estuvo de desheredarlo. Y si no lo hizo fué gracias á los buenos oficios de su sobrino Pedro que ya se sentaba en el trono de sus mayores.

Imbuído éste por las ideas que ha escuchado de continuo á su alrededor, ha procurado modificar su carácter y muchas veces ha llegado á reprender á su primo, por sus extravagancias y genialidades.

Pero cuando el gran duque ha ido á despedirse para un largo viaje, el emperador no ha podido menos de abrazarlo con-

movido y de decirle en voz baja, como si temiese que lo oyeran sus chambelanes:

—¡Te envidio, Rodolfo! ¡Te envidio! De buena gana te acompañaría á esas tierras remotas. La corona es una carga demasiado pesada para mí...

El gran duque, entonces, lo ha besado lleno de piedad.

—¡Pobre primo mío! ¡Que te inspire Dios! —ha exclamado después, y ha salido del alcázar más uraño y pensativo que nunca.

¡A dónde va el gran duque? ¡Ah! El gran duque va en busca de la felicidad.

Quiere ser libre; quiere contemplar á sus anchas la hermosura del mundo; quiere amar sin tapujos; quiere hacer su capricho.

En el puerto le espera un esbelto yate. Pintado de blanco y con las velas tendidas semeja una gaviota gentil.

Y va el gran duque surcando mares azules, mares tormentosos, y al fin ha divisado, allá en el horizonte, una hermosa isla dorada por el sol.

Desde el puente la contempla Rodolfo con su catalejo.

—Vamos hacia tierra, capitán, que ese país debe ser muy hermoso,—dice el gran duque al marino que lo acompaña.

Y el yate fondea en la bahía alegre,

donde los marineros, tocados con barretinas rojas, entonan dulces cantares.

Encantado el gran duque contempla el espléndido panorama. Surge en primer término la mole rojiza de la vieja catedral gótica, con sus torres esbeltas y sus rasgados ventanales polícromos. Yérguese á su lado el feudal alcázar de los antiguos reyes. Por encima de las murallas se asoman curiosos á contemplar los barcos que llegan, los campanarios de la ciudad. Fastuoso palacio de rica arquitectura se refleja en las aguas del mar. Y á la izquierda, en la cumbre de un monte, donde espeso pinar exhala un olor balsámico, elévase romántico castillo de consejo. Y todo está dorado por el sol, iluminado por deslumbradora luz, nimbado por un cielo azul, azul...

El gran duque cree haber llegado á un país de ensueño. Las viñetas que adornaban los libros de su niñez hanse convertido ahora en realidad.

De su pecho se escapa un suspiro de gozo.

¡Qué feliz va á ser!...

Pero, de pronto, una ligera nubecilla empaña su alegre semblante, porque se acuerda de su primo el emperador.

—¡Pobre primo mío! Si él pudiera disfrutar de este bello espectáculo, sin guardias, sin chambelanes, sin cetro ni corona...

Las mujeres de la isla dorada deben ser bellas. Desde la toldilla ve algunas Rodolfo, con los morenos brazos desnudos y el rostro iluminado con el brillo de los dientes zahores.

—¡Vamos, vamos á tierra!—dice el gran duque á su secretario.

Y como dos viajeros desconocidos y modestos se pierden por las estrechas callejas pavimentadas de puntiagudos guijarros y compran naranjas de oro y uvas de color de ámbar.

El interior de la isla es un edén. Crecen en sus campos los almendros, las palmeras y los naranjos de eterno verdor. Fantásticas rocas se reflejan en la profundidad del mar de plateadas espumas. Grutas maravillosas ofrecen un espectáculo nunca visto... ¡Oh! Los cuentos de hadas... ¡Oh! Los palacios subterráneos de los gnomos prodigiosos...

El gran duque vuelve á recordar sus lecturas infantiles y piensa de nuevo en la triste vida, llena de sobresaltos, de su primo el emperador.

Por su mente cruza una idea loca. Le escribirá, pintándole la hermosura de aquellos lugares, aconsejándole que renuncie á la corona y que se venga á vivir allí. Pero bien pronto comprende lo disparatado de su propósito y sonrío melancólico.

El sí que puede quedarse en el edén.
El sí que puede edificar un palacio desde
donde domine con la vista el maravilloso
paisaje. Allí sí que sonarán dulces las es-
trofas de los poetas. Allí sí que será feliz.

El gran duque ha llegado á ser el genio
tutelar de la isla dorada. Todos le aman y
le bendicen.

Muchas veces se le ve por las carreteras
vestido humildemente. Los buhoneros y
campesinos conversan con él.

Y se cuenta que un día, un zagal, á
quien se le había volcado el carro, le pidió
su ayuda. Y el gran duque se la prestó. Y
el rústico, agradecido, dióle en recompensa
unas humildes monedas de cobre que guar-
da Rodolfo como el máspreciado tesoro.

Entretanto, allá en el país de las nie-
blas y las nieves perpetuas, languidece su
primo Pedro, el emperador.

Y hombres rebeldes atentán contra la
vida del autócrata.

—Del esclavo más bien—dice Rodolfo,—
de la víctima del destino cruel que le puso
en la frente una corona de oro, corona de
espinas en los tiempos que corren...



El entierro de la Condesa



EL ENTIERRO DE LA CONDESA

En la anchurosa calle, el alegre sol finge un tapiz dorado. Es una mañana primaveral, y los pájaros cantan en sus jaulas llenos de alborozo al ver el cielo azul, y por entre los hierros de los balcones, asoman los claveles su caperuzas rojas.

Pasan las gentes ligeras á sus ocupaciones cotidianas, y por la acera de asfalto discurren graves señores valetudinarios. En sus ojillos lacrimosos, brilla á veces una mirada picaresca, al cruzarse con las mozas garridas que vuelven del mercado.

Vendedores ambulantes de todas clases entonan su pregón plañidero. Y un charlatán de plazuela cautiva la atención de los babiecas haciendo juegos de manos.

De tarde en vez, se escucha la bocina de un automóvil, al cual todos se apresuran á dejar paso franco. Y cruzan el arroyo carros y tranvías armando colosal estrépito.

Lindas damiselas, acompañadas de sus mamás, se detienen delante de los escapa-

rates de las tiendas de modas para contemplar los últimos modelos llegados de París.

Y entre el abigarrado gentío suele llamar la atención tal cual pareja de campesinos recién casados, que han venido á la ciudad á pasar la luna de miel.

Y no es extraño tampoco ver alguna caravana de turistas que excitan la hilaridad de los transeuntes con sus fachas extravagantes.

A la cruda luz del sol, los semblantes de los viejos aparecen con toda su fealdad lamentable, y tienen más brillo los ojos de las doncellas. Implacable descubre las menores arrugas, las tristes huellas que han dejado en pos de sí las enfermedades y los años. Y en cambio, juguetea y brilla en las crenchas rubias y los negros rizos de las muchachas que, como flores humanas, como capullos de rosa, se entreabren al recibir sus besos.

Es, no obstante, grato á todos este sol primaveral. A los viejos, porque les conforta de sus alifafes y desentumece sus miembros; á los jóvenes, porque caldea su sangre y les infunde alegría.

Y por esto, se ve la calle más animada que de costumbre.

Del vecino mercado vienen las mujeres con ramos de flores, y flota en el aire un

sueve perfume de rosas y de fresas. Y unos hombres cargados con macetas de camelias canturrean un dulce pregón:

—¡Caaamelias dooobles!

Y en la mañana azul, espléndida, luminosa, en medio de la ancha calle que rebosa gente, se experimenta, como nunca, la alegría de vivir.

De pronto se detienen las gentes, silban los conductores de tranvías para abrirse paso, véense obligados los cocheros á moderar la marcha de los caballos para no atropellar á los papanatas, y por el extremo de la calle se ve avanzar una fúnebre comitiva.

Vienen primero las niñas de la Beneficencia con mantillas de tela blanca y velas encendidas; siguen después, renqueando, dos filas interminables de ancianas asiladas. Son las primeras las hijas del amor desgraciado, frutos de la miseria, abandonadas en el mismo instante de venir al mundo; quizás las segundas fueron hermosas y gozaron de días felices. Los inocentes rostros de las chicuelas parecen estar todos marcados con un estigma, y los semblantes de las ancianas expresan infinitos dolores.

Tirada por ocho caballos con gualdrapas negras, galoneadas de oro, avanza la carroza de ébano. Postillones y palafrane-

ros lo conducen, y á través de los cristales esmerilados se ve el ataúd magnífico.

Clérigos con suntuosas capas de raso negro y áureos bordados salmodian respuestas.

En medio de la calle, que huele á rosas y claveles, las graves voces son como un soplo helado, que recuerda el frío de las tumbas.

Siguen á la carroza elegantes caballeros enlutados. Y con los faroles encendidos y grandes lazos de gasa negra, van los coches de la casa condal.

Indiferente, risueña, contempla la gente el lujoso desfile.

Un viejecito, en cuyo rostro surcado de profundas arrugas se descubren todavía restos de varonil belleza, pregunta á los que se encuentran á su lado quién es el difunto.

—La condesa de Agar—le contesta una mujer parlanchina.

—¿Quién ha dicho?—interroga otra vez el señor, como si no hubiera oído bien.

—La condesa de Agar, una de las mujeres más guapas que ha habido en Valencia. Según cuentan los que lo saben, bien se ha divertido en el mundo.

—¡La condesa de Agar!... ¡La condesa!—murmura el anciano, y su noble semblante se cubre con una nube de tristeza,

y todo su cuerpo se estremece con extraño temblor.

Una historia lejana y conmovedora ha cruzado por su memoria. ¡La condesa!... ¡La bella condesa!... Evocada por el recuerdo, todavía le parece estar viéndola arrogante y gentil, como hace cuarenta años. ¡Ah! También él era entonces un hermoso mancebo. Su corazón apasionado sintióse esclavizado por su belleza. Y ella le correspondió ó fingió corresponderle. Pero coqueta y voluble, bien pronto tuvo otros amores. Un duelo á pistola fué el trágico fin de aquella historia...

El anciano se vuelve á estremecer con extraño temblor, y su semblante se torna sombrío.

La terrible escena se le aparece con los menores detalles. Su rival derribado de un pistoletazo, sin pronunciar una sola palabra, sin exhalar siquiera un suspiro; los testigos consternados, más pálidos que el muerto; y él, inconsciente, aturdido, lleno de remordimiento por su crimen, dejándose conducir al coche como un autó-mata...

Luego recuerda los largos años pasados en el extranjero, su vuelta á la ciudad natal, y la impresión que le causó la vista de la condesa, más hermosa que nunca, en el apogeo de su gloria y en la apariencia

feliz. ¡Ah! ¡La mujer voluble, la mujer coqueta! ¡Cuántos amantes tuvo después!...

¡Y el tiempo pasó! ¡Cómo? El anciano no lo sabe. La condesa comenzó á mustiarse. Otras mujeres jóvenes la arrojaron de su trono de belleza. Y al fin, humillada, vencida, dejó de presentarse en sociedad, y ataviada de negro, como una beata, se dedicó á frecuentar las iglesias. Ultimamente la anciana tuvo que recluirse en su palacio. Sus cabellos de oro habían encanecido, el reuma no la dejaba andar...

El viejo señor permanece inmóvil en medio de la calle. El entierro se aleja. La gente se desparrama en todas direcciones. Gorjean los pájaros, pasan mujeres lindas y el vendedor de flores entona su canturía dulce:

—¡Caaamelias dooobles!...

Triunfa la vida y una oleada de pasión envuelve á los seres y las cosas.

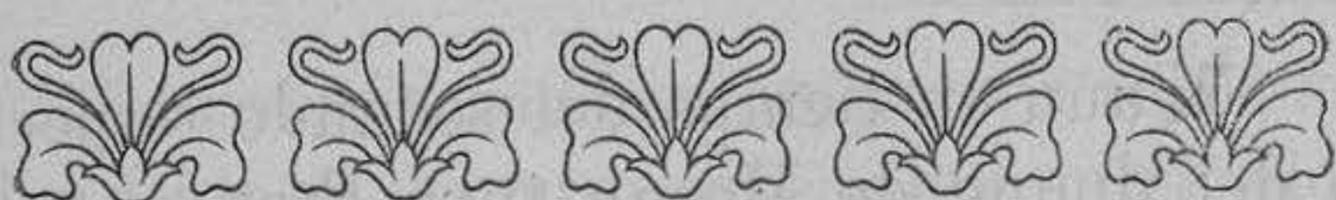
Y el viejo D. Juan se pone al fin en marcha, musitando entristecido:

—¡Por qué envejecemos? ¡Por qué morimos? ¡Ya se fué la condesa!... ¡Pronto me tocará á mí!...

Y resignado suspira.



EL COLLAR DE PERLAS



EL COLLAR DE PERLAS

PARA CARLOS SEMUR

En el hotel del embajador de Francia se celebra suntuosa fiesta. Monsieur y madame Delormel, recién llegados del extranjero, reciben por primera vez en sus salones al cuerpo diplomático y las más distinguidas personas de la alta sociedad.

Es Mr. Delormel un caballero finísimo é inteligente que ha recorrido el mundo entero representando á su poderosa nación.

Es la embajadora una mujer erepuscular, dotada todavía de espléndida belleza.

En las cortes más fastuosas de Europa ha desempeñado siempre un lucido papel.

Ella ha bailado cotillones de honor con el Kaiser en los palacios de Berlín; ella ha sido colmada de agasajos por el rey Eduardo, cuando todavía era príncipe de Gales; ella ha causado envidia á más de una gran duquesa en la corte de San Petersburgo...

Ni aún en tiempo del segundo imperio y del duque de Morny tuvo Francia más distinguidos representantes que Monsieur y Mme. Delormel.

En la capital vetusta, donde tiene su asiento la corte de los batuecos, el baile de la embajadora ha despertado extraordinaria expectación entre las damas aristocráticas.

Cuéntanse maravillas de las riquezas que atesoran los salones de la embajada. Y mientras unos ponderan el gabinete japonés lleno de lacas primorosas, ricos tibores y biombos de raso, otros se hacen lenguas de la suntuosidad del salón árabe, decorado con alfombras de Esmirna, tapices de Rabat y porcelanas de Fez.

En su largo peregrinar por la tierra ha ido coleccionando todas estas preciosidades la bella madame Delormel, que, además de un gran talento, posee un alma de artista.

Los modistos más afamados no dan paz á la mano. Llueven encargos de duquesas, deseosas de probar á la embajadora que también en la corte de los batuecos hay lujo y distinción.

Y á la par que preparan terciopelos, sedas, encajes, plumas y flores, envían al orfebre las ricas joyas que lucieron antaño azafatas y damas de honor, para que les añada un dije ó un broche de moda.

Los almibarados *croniqueurs* van á sudar tinta si, como es costumbre entre ellos, quieren dejar contentas á todas estas señoras haciendo una relación minuciosa de sus atavíos...

*
* *

No cesan de llegar carruajes á la puerta de la embajada.

Saltan ligeros los lacayos del pescante y abren la portezuela reverentes, sombrero en mano.

Y como hadas, como diosas, envueltas en gasas y plumas, posan sus piececitos en el asfalto las lindas duquesas. Y al penetrar en el zaguán espléndido dejan en pos de sí una estela de embriagadores perfumes.

Síguenlas los caballeros, ataviados con dorados uniformes.

«¡Mío caro!», «¡My dear!», «¡Mon ch̄er!», se dicen unos á otros y se saludan afectuosamente, con un fuerte *sh̄ake hands* á la inglesa.

Todos hablan idiomas extranjeros y hasta las duquesas indígenas emplean palabras exóticas.

Y cogidos del brazo de los corpulentos y rubicundos representantes de las razas del Norte, suben el lujoso vestíbulo los di-

plomáticos latinos, insinuantes, menudos, de tez morena y negros mostachos.

Y llegan los representantes de China con sus hopalandas de seda bordadas de oro y los enviados del Sultán de Turquía, tocados con encarnado fez.

Una orquesta de zíngaros da la bienvenida á todos con sus notas alegres y halagadoras.

Mr. y Mme. Delormel, ayudados por el alto personal de la embajada, hacen entretanto los honores con exquisita distinción.

*
* *

Los salones de la embajada rebosan gente.

En el lujoso *hall* las damas lucen sus colas reales.

Inquisitivas se escudriñan unas á otras.

Nadie recuerda haber visto en la capital vetusta un alarde semejante de riqueza.

Ni en las grandes fiestas palatinas ha habido nunca tanto esplendor.

La misma Mme. Delormel se encuentra sorprendida. ¡Jamás hubiera ella creído que en el pobre país de los batuecos hubiera tal abundancia de preciosas joyas!...

¡Ah! No sabe por lo visto que aquellas damas son las nietas de los antiguos virreyes que enviaban á su país desde remotas tierras los galeones llenos de oro. No sabe

la bella embajadora que la pasión del oro es la culpable de todas las desdichas de los batuecos. Por el oro cruzaron en frágiles naos los mares tormentosos. Por el oro derramaron torrentes de sangre. Por el oro abandonaron el casal humilde y el huerto familiar. Por el oro, en fin, dejaron que se esterilizasen las riquezas de los campos. ¡Ah! ¡Cuántos crímenes hizo cometer el codiciado metal á los batuecos!...

Entre las invitadas llama la atención por su lujo deslumbrador la marquesa de Dumaguete, esposa de un ilustre general.

¡Qué collar, qué soberbio collar de perlas luce en su garganta morena!

¡Dónde, dónde ha adquirido la marquesa de Dumaguete esa joya principesca?...

*
**

Formando corro charla un grupo de jóvenes diplomáticos en medio del *hall*.

Entre ellos está un caballero moreno y simpático, secretario de una legación americana.

Es poeta y ha escrito bellos cantares y peregrinas historias.

Como otros muchos ha venido á Europa enamorado de las viejas leyendas y del ambiente romántico que rodea á los pueblos donde se yerguen todavía, como relicarios de piedra, las góticas catedrales.

Habla el americano con su acento meloso y todos le escuchan atentos.

«Exactamente igual á ese collar de perlas era el de la *niña* Lulú—dice el poeta.—Es una historia triste la de aquel collar. Se la voy á contar á ustedes. Había allá, en mi país, una linda criolla inmensamente rica, á quien todos conocían por la *niña* Lulú. ¡Pobre Lulú! Estaba ya próximo su enlace cuando estalló la guerra colonial. Su prometido era uno de los más entusiastas adalides de la causa de la independencia. Llevado de su arrojo no tardó en sucumbir en el campo de batalla. Lulú desconsolada, loca, por la muerte del amado, juró vengarse. Puso desde entonces todas sus riquezas al servicio de la revolución. Los insurrectos bendecían y adoraban el nombre de Lulú.

En la quinta de la criolla se fraguaban los más terribles planes. Ella misma, gentil amazona, había tomado parte en los combates.

Una noche el general N., enterado de todo, tomó por asalto la finca de Lulú.

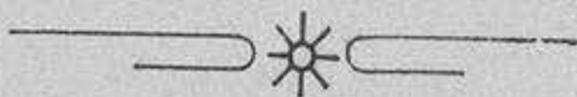
Despiadado hizo una cruel matanza de negros. La última en caer en poder de los asaltantes fué la hermosa criolla. Ella quería morir y los provocaba escupiéndoles en el rostro y apostrofándoles con los más tremendos insultos.

Al fin se rindió desmayada en brazos de la soldadesca que abusó de ella torpemente. Alguien la despojó también de un valioso collar de perlas que llevaba en el cuello. Era el regalo de boda de su amado. No se sabe cómo fué á parar después la preciosa joya á manos del general...»

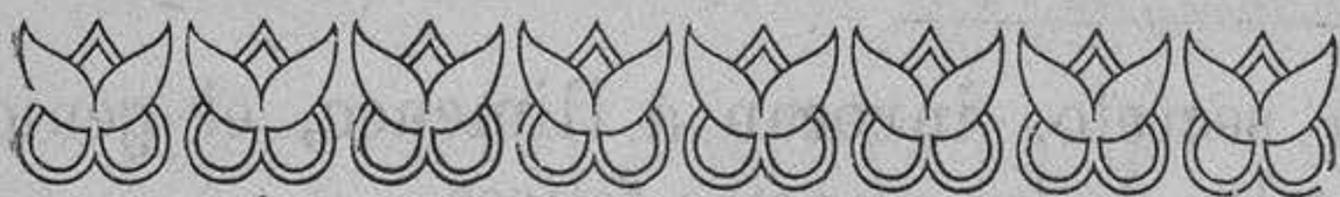
Al llegar aquí el poeta, acierta á pasar por su lado la marquesa de Dumaguete, soberbia y deslumbradora.

—Pues esta es, señores míos, la historia del collar de perlas de la pobre Lulú— dice el narrador entonces, fijando sus ojos escrutadores en el rostro de la marquesa...

Y la marquesa al oír estas palabras se torna lívida como una muerta...



LA PERLA NEGRA



LA PERLA NEGRA

PARA ARMANDO A. VASSEUR

Doña Sol se casa con el príncipe Jenaro. ¡Qué bella es doña Sol! Blanca y rubia, recuerda la ideal Margarita y las lindas princesas de los cuentos de hadas. Un nimbo dorado resplandece sobre su frente impoluta; como la flor del granado son sus labios bermejos, y sus ojos azules acarician suaves con su dulce mirar.

¡Qué feliz es doña Sol! Solo faltan breves horas para que el hombre amado la lleve al altar. Gozosa y gentil recorre las estancias de su palacio, mostrando á sus amigas las bellas galas de novia, los ricos presentes, las joyas deslumbradoras. Como una nube blanca, blanca se destaca el traje de boda. Niebla transparente semeja el velo nupcial.

Pálidas y llenas de emoción contemplan estas prendas las doncellas enamoradas que,

en secreto, invocan á Himeneo, el genio tutelar de las nupcias felices.

¡Ah! ¡Cuándo les llegará su hora! ¡Cuándo las llevarán al altar!...

Doña Sol va explicándoles la procedencia de los regalos. Tal brazalete de topacios y rubíes es obsequio de su tía la princesa; tal collar de esmeraldas, ha sido enviado por su parienta cercana la vieja emperatriz; tal broche de brillantes, es de su primo el marqués...

Y las muchachas no se cansan de admirar aureos medallones, preciosas gemas y caprichosos dijes.

Y la más vivaracha y curiosa de todas, pregunta de pronto á doña Sol:

—¿Y Rosalinda? ¿Qué te ha regalado Rosalinda, tu amiga inseparable?...

—¡Un amuleto! Una bella sortija que tiene la rara virtud de librar á las personas que la usan de toda clase de maleficios.

—¡A ver! ¡A ver!—exclaman las doncellas admiradas.

Y doña Sol abre un rico estuche y les muestra la maravillosa sortija, que por todo adorno luce una enorme perla negra.

*

**

Rosalinda está pálida. Rosalinda libra en el fondo de su conciencia una lucha terrible.

¿Tiene acaso derecho á atentar contra la vida de su amiga inseparable? ¿Es acaso culpable doña Sol de que la haya preferido el príncipe Jenaro?... ¡Ah! ¡También ella es bella! Pero su tez morena, sus negros cabellos y sus ojos de odalisea, no han cautivado el corazón del gallardo mancebo. ¿Por qué, por qué no ha nacido ella rubia como doña Sol? ¿Por qué no son blancas sus mejillas como la nieve y el jazmín? ¿Por qué no son sus ojos azules?...

Desde hace mucho tiempo, desde que lo vió por primera vez, ama en secreto al príncipe Jenaro.

Pero el príncipe, galante y cortés, no le ha murmurado nunca al oído una sola palabra de amor.

Y Rosalinda ha tenido que devorar en silencio la humillación de ver festejada y adorada en su presencia á su íntima amiga doña Sol por el hombre idolatrado.

Poco á poco los celos y el despecho la han vuelto loca y le han entenebrecido el alma. Y muchas veces ha pensado en suministrar á su rival un filtro venenoso que le quite la vida.

No obstante, ha sabido fingir hasta el último momento.

Y nada sabe doña Sol. Y nada sospecha el príncipe Jenaro.

Cuando Rosalinda se ha convencido de

que la boda va á verificarse sin que ningún obstáculo inesperado pueda estorbarlo, ha experimentado inmensa desesperación.

Y ha pensado en huir de la ciudad para ocultar su pena. Y ha tramado mil planes descabellados para impedir que el príncipe lleve al altar á doña Sol.

Mas al fin se ha convencido de que ella es una débil mujer y de que lo único que puede alcanzar es ponerse en ridículo y dar á conocer á las gentes malévolas su pasión secreta y profunda.

Y pensando, pensando durante días y noches enteras, le ha venido á la mente una idea singular.

Cuando era niña, su abuelita le contaba historias maravillosas para adormecerla. Era la noble señora la crónica viviente de las gestas y hechos heróicos de la familia. Y además solía referir, con acento saudoso, cuentos de amor.

Rosalinda se acuerda siempre con emoción del cuento triste de «La perla negra».

La abuelita lo refería así:

«Había entre nuestros antepasados un caballero apuesto y gentil, rubio y sonrosado como un tudesco, valiente y pendenciero como un español, enamorado y voluble como un gabacho y de corazón ardiente como buen italiano, nacido en Nápoles la bella.»

Un día alegró las calles de la ciudad una caravana de zíngaros que entonaban canciones de extraña cadencia y tañían panderos.

Entre ellos había una muchacha, morena y linda, que al son de la música melancólica y voluptuosa, tejía bellos danzares.

El rubio marqués le dijo amores, y ella se prendó locamente del galán.

Pero éste, apenas conseguido el primer beso, no volvió á acordarse del santo de su nombre.

Y la zíngara, que no podía resignarse á este abandono, juró vengarse de una manera cruel.

Amaba el marqués las joyas y poseía una valiosísima colección de perlas, que procuraba aumentar con los más raros ejemplares, siempre que le era posible.

Cierta mañana presentóse en su palacio una vieja zíngara. Creyó el noble mancebo que era una mensajera de la bailarina y dió orden, colérico, á sus criados para que la arrojasen á la calle.

Pero la hechicera, melosa é insinuante, después de jurar que ningún lazo la unía á semejante mujer, mostróle una hermosísima sortija con una perla negra que, conocedora de su afición, le ofrecía á un precio relativamente modesto.

Cayó en el lazo el marqués y le compró la sortija. Púsosela en el dedo, y orgulloso, la mostraba á sus amigos.

Y el rubio y alegre caballero se tornó pálido y sombrío. Y poco á poco fué languideciendo, víctima de una enfermedad incomprensible que concluyó por llevarlo al sepulcro en la primavera de la vida.

Más tarde se aclaró el misterio. La perla negra de la sortija encerraba un maleficio. ¡Pobre del que se la pusiera! ¡Seguiría la misma suerte del desventurado marqués!...»

Rosalinda ha recordado esta historia que le contó muchas veces la difunta abuelita. ¡Si poseyera ella la maravillosa sortija!...

Inquieta, palpitante, con los ojos iluminados por extraño fulgor, ha corrido presurosa á la estancia donde está el guardajoyas.

Con mano temblorosa ha abierto la pesada caja de hierro. Uno á uno ha registrado los estuches preciosos que contienen cadenas de oro, arracadas de perlas, ajorcas de primorosa labor, diademas de brillantes, collares de esmeraldas, topacios y rubíes... Pero la sortija no parece. ¡No parece cuando ella por encontrarla daría gustosa todo aquel tesoro!

De pronto, el fondo del guardajoyas se

abre como por encanto. Sin duda Rosalinda ha tocado, sin saberlo, un oculto resorte. Nuevos estuches y nuevas joyas aparecen ante su vista. Son las más antiguas y valiosas. Entre ellas hay también relicarios con huesecillos de santos y descoloridos retazos de sagradas vestiduras. Y en un rincón, envuelta en un papel amarillo, descubre la fatídica sortija.

«¡El que se ponga esta sortija corre peligro de muerte ó de que le sobrevenga una espantosa desgracia!», Dice el papel.

Rosalinda lanza un agudo grito y está á punto de desmayarse.

¡Ya tiene regalo de boda para su inseparable amiga doña Sol!...

*
* *

Doña Sol espera en su palacio que llegue su prometido el príncipe Jenaro para ir juntos á la iglesia.

Viste la novia encantadora el blanco velo de desposada.

Al entrar Rosalinda la besa en las mejillas y cogiéndole las manos le pregunta:

—¿Y mi sortija? ¿Te has puesto mi sortija? Ya sabes que da felicidad...

Doña Sol por toda contestación le muestra la piedra negra.

Rosalinda experimenta una alegría loca. No tardará en morirse la odiada ri-

val. ¡Y entonces, entonces ella conquistará el amor del príncipe Jenaro!...

Pero éste no llega. Y doña Sol, impaciente, se pasea pálida por la lujosa estancia.

Una extraña inquietud comienza á apoderarse de los invitados. Y Rosalinda se asoma á cada instante al balcón, por ver si llega el príncipe con su comitiva.

—¿Qué le habrá sucedido al príncipe? ¿A qué obedecerá esta tardanza?—se preguntan todos.

Doña Sol, medio desfallecida, se ha dejado caer en un rojo sillón de terciopelo. La larga cola del vestido nupcial forma á sus pies una nube de encajes. El blanco velo acaricia sus sienes y sus cabellos de oro.

Algo terrible presiente su corazón de enamorada. Las lágrimas asoman á sus ojos azules.

Su inseparable amiga la contempla llena de terror. ¿Habrá comenzado ya la sortija á ejercer su influencia fatal?...

Arrepentida, temblorosa, siente deseos de confesar su culpa y de arrebatarle la funesta joya.

Y el tiempo pasa. Y el príncipe no llega. Y en el salón reina un silencio sepulcral.

De pronto se presenta un mensajero y

dice que el príncipe Jenaro acaba de suicidarse, atacado de súbita locura.

Doña Sol, como una blanca paloma herida, inclina la rubia cabeza y queda como muerta...

Rosalinda lanza un alarido desgarrador. Y en el paroxismo de la locura, grita desesperada:

—¡Yo lo maté! ¡Yo lo maté! ¡La perla negra!...



¡SIÓN Y LIBERTAD!



¡SION Y LIBERTAD!

PARA LEONARDO BAZZANO

Hace tres días que han llegado al hotel y todavía el terror aparece pintado en los rostros encantadores de Sarah y de Rebeca.

Con frecuencia las lágrimas asoman á sus ojos y sollozan desoladas.

Su abuelita Esther trata en vano de devolverles la tranquilidad con palabras cariciosas.

Ella misma gime y suspira y salen de su boca palabras de indignación y de venganza.

Milagrosamente pudieron escapar las tres á la espantosa carnicería.

En una hoguera crepitante de llamas rojizas quedó convertido su hermoso palacio.

Y sus oídos creen escuchar á cada instante los alaridos desgarradores de las víctimas y las roncas voces del populacho al asaltar el barrio judío.

No es posible que, en mucho tiempo, las pobres mujeres puedan olvidar la terrible impresión.

Eran las altas horas de la noche. El ghetto yacía sumido en el mayor silencio. Por las calles desiertas veíase cruzar, de tarde en vez, la macilenta figura de un hebreo, cargado con un saco de trapos y papeles. Canes flácidos husmeaban en los montones de basura. Gatos de embrujadas siluetas vagaban sin rumbo por los tejados como espíritus malignos. Y las luces de los reverberos, amarillas y temblorosas, tenían reflejos siniestros de lámpara funeral.

Eran todas las casas mezquinas, y con sus puertas y sus ventanas cerradas parecían acoquinadas y temerosas.

Sólo la vivienda de la vieja Esther y sus nietas revelaba bienestar y riqueza. Pero también sus rejas espesas y pesados portones prestábanle un aspecto poco tranquilizador.

¡Ah! Los pobres judíos vivían siempre bajo la amenaza de un inesperado ataque, de una matanza cruel.

El odio antisemita se transmitía de generación en generación, entre el pueblo bárbaro, sediento de sangre, afanoso de botín.

Y cuando los poderosos veían en peligro sus intereses, lo azuzaban, como á una

jauría furiosa, contra los míseros hijos de Israel.

Ved por qué las casas del gheto tenían todas aquel aspecto medroso.

En el palacio de Esther dormían sus habitantes en santa paz.

Quizás la vieja matrona era la única que estaba desvelada. Quizás acariciaba, una vez más, el patriótico ensueño de ver resurgir en la Palestina milenaria á la noble Sión. Quizás se preocupaba de la liberación de su raza miserable y proscrita. Quizás concebía algún proyecto grandioso para reunir al triste rebaño de Israel en la tierra sagrada de donde había sido arrojado por la maldición de Dios.

Y es que estas ideas eran la preocupación constante de la vieja Esther.

Su hijo, el Dr. Müller, mártir de la ciencia, que había combatido en la India remota las pestes asoladoras, le había suplicado al morir:

—Madre, inculcad á Sarah y Rebeca el amor á nuestro pueblo.

Y pocos momentos antes de lanzar el último suspiro, musitó alucinado:

—¡Sión! ¡Sión y libertad!

Quizás la abuelita pensaba en estas cosas por amor al hijo muerto, por amor á sus hermanos los pobres judíos, cuando un vocerío insólito llegó hasta su estancia.

!Ah! En su larga vida había oído ya muchas veces aquel aullar feroz de las multitudes foragidas, y pronto se dió cuenta de que se trataba de un nuevo asalto del populacho á la judería.

Encendió la luz; apretó el botón del timbre eléctrico para despertar á los criados; rápida se vistió; de un rico bargueño sacó un fajo de billetes y papeles y se los metió en el pecho; y lijera como una joven penetró en la habitación inmediata, donde dormían sus nietecitas.

—¡Sarah! ¡Rebeca! ¡Despertaros! ¡Vestíos!

Las muchachas, azoradas, se arrojaron del lecho restregándose los divinos ojos inocentes.

—¿Qué sucede, abuelita?

—Vestíos. ¿No oís?...

Las nietecitas prestaron atención un instante. El griterío de la plebe se oía cada vez más cerca, acompañado de grandes golpes dados en las puertas.

No necesitaron más explicación. Se trataba, sin duda, de una de aquellas terribles matanzas, de que tantas veces les había hablado la abuelita.

Esta, entretanto, atisbaba desde la ventana entreabierta.

Hombres de infernal catadura derribaban á hachazos las puertas de las míseras viviendas. Allá á lo lejos se divisaba el res-

plandor de un incendio. Mujeres medio desnudas imploraban piedad. Relampagueaban siniestros los sables de la soldadesca...

No quiso ver más; cerró la ventana y dijo á sus nietas:

—Vamos, vamos pronto que ya están ahí...

Los criados las siguieron, y por una puertecilla oculta del extenso jardín salieron á un lugar apartado y soledoso y se perdieron en la gran ciudad...

¡Ya era tiempo! Las puertas del palacio, rociadas con petróleo, comenzaban á arder.

En el primer tren salieron de aquella tierra maldita con el propósito decidido de no volver jamás.

Y después de atravesar landas estériles y nevadas estepas, llegaron á un país donde el cielo era azul y, según decían las gentes, se gozaba de libertad.

Y la vieja Esther dijo á sus nietecitas:

—Ahora descansaremos aquí unos días, arreglaremos nuestros asuntos é inmediatamente tomaremos pasaje en un vapor para Palestina. Allí hay muchos hermanos nuestros que nos cojerán con acariño.

Sarah y Rebeca besaron á la anciana agradecidas.

—Sí, abuelita, llévanos á un sitio donde no haya cosacos, ni hombres asesinos...

Y de este modo han transcurrido tres días.

El hotel es el mejor de la ciudad. En su terraza espléndida se reúne una multitud cosmopolita. Los príncipes rusos se codean con los lores ingleses, los finchados hidalgos españoles con los más encopetados aristócratas de Francia, las cocotas de París, con las multimillonarias yankis que ofrecen pirámides de dollars por una corona ducal.

Esther y sus nietas, poseedoras de una gran fortuna, y habituadas al más refinado *confort*, no podían hospedarse en otro lugar más modesto.

Llenas de fatiga y deseosas de reponer el ánimo conturbado, han permanecido encerradas en sus habitaciones los dos primeros días.

Pero cuando al tercero han salido á la terraza á tomar el sol, han notado una cosa inaudita, que ha concluído de acerbar su pena.

Poco á poco las princesas rusas de ojos glaucos, las cocotas enjovadas y deslumbrantes, las ricas herederas de los reyes del acero y del petróleo, las mojigatas damas hijas espirituales del padre Dulac, las demi-vierges pintadas por Marcel Prevost, se han ido levantando de sus asientos con gestos desplacientes, y han dejado solas á la opulenta judía y sus nietecitas.

La vieja Esther ha notado la ofensa y

se ha tornado lívida. Y Sarah y Rebeca han experimentado otra vez, bajo el cielo azul y elemente, una impresión de pavora semejante á la de la noche trágica de la huída.

Como dardos crueles las han traspasado las miradas despreciativas de las damas, llenas de rencor. Y les ha parecido que el sol se oscurecía y que el suelo se hundía bajo sus pies. Y de nuevo, pungidas de dolor, avergonzadas, como si sobre ellas pesase un estigma, han ocultado sus frentes puras en el pecho de la abuelita adorada.

Entretanto, las *misses*, las princesas, las cocotas y las *demi-vierges*, se arremolinan en el *hall* en un suave *frou frou* de sedas y encajes, mostrándose escandalizadas de la osodía de las judías.

Y quejosas se dirigen á un caballero almibarado, puesto de frac, que es el gerente del hotel.

—O despide usted inmediatamente á esas mujeres, ó nos marchamos todas.

El eunuco se inclina galante, diciendo que él sólo desea obedecer á las princesas. Y conociendo, sin duda, los instintos perversos de aquellas mujeres, quiere dejarlas satisfechas, proporcionándoles un espectáculo de su gusto.

Melífluo se acerca á la vieja Esther y le dice en voz baja unas palabras.

Como si la hubiera picado una víbora

se pone en pie la anciana. A la puerta del *hall* ve á las damas que atisban curiosas la escena.

Y fuera de sí, colérica, prorrumpe en gritos de indignación.

Ni las hijas de los aventureros americanos, que amasaron fortunas con sangre esclava, ni las hetairas peores que la poli-lla y la langosta porque todo lo arrasan, ni las princesas hipócritas, tienen por qué indignarse de su presencia.

En todo caso ella, que ha llevado en sus entrañas á un hombre glorioso, es la que debía mirar con menosprecio á aquellas gentes. Ella es la que ha hecho mal en consentir que sus nietecitas inocentes respirasen el mismo aire impuro que aquellas mujeres. ¡Se irán! ¡Se irán! Pero antes les ha de mostrar á las perversas que no sólo es superior á ellas por su honradez y por su estirpe, sino que también puede hacerles una limosna...

Y loca, frenética, se encara con las damas y sacando á puñados los billetes del lindo bolsón de piel de Rusia, que siempre lleva en la mano, se los arroja al rostro como un salivazo.

Y como una sibila vaticina la venganza de Dios y el castigo de los asesinos de Kishienef, de los perseguidores de Dreyfus,

de todos los malvados que, como lobos, sacrificaban á seres indefensos...

—¡Vámonos! ¡Vámonos, abuelita!—suplican Sarah y Rebeca.—¡Vámonos lejos de aquí!...

Y suspirosas recuerdan las palabras del padre moribundo:

—¡Sión! ¡Sión y libertad!...

Y entonces les parece que va á brillar triunfante en el cielo azul un sol de justicia...



MUTSU-HITO TENNO

Emperador del Sol Naciente



MUTSU-HITO TENNO

EMPERADOR DEL SOL NACIENTE

• Hace mucho tiempo que Europa gobierna el mundo á su antojo, pero el cetro de tal hegemonía está muy pronto á caérsele de las manos.

• Estén convencidos en Europa de esta verdad: el Japón ejercerá á mediados de siglo la hegemonía sobre todas las gentes que pueblan el planeta. Europa la habrá perdido para entonces. •

EL CONDE DE OKUMA

En el palacio imperial, reposado y augusto como la mansión del silencio, flamea la gran bandera roja en la que brilla el crisantemo de oro.

En las numerosas estancias de deslumbradora albura y cuyos suelos están cubiertos de finas esterillas, véanse inmóviles, correctos, enfundados en sus rojas libreas galoneadas de plata, los criados de la imperial servidumbre.

Algún personaje palatino cruza entre ellos, ataviado á la europea, luciendo ralos

bigotes y barbas puntiagudas que apenas sombrean las cobrizas mejillas.

Sus ojillos de almendra expresan al mismo tiempo inteligencia, energía y bondad. Hízolos el Mikado á su imagen y semejanza. Como los antiguos *daimios y samurais*, son denodados guerreros, y cuando llegue la ocasión sabrán sacrificar su vida estoicamente.

—*¡No hoi! ¡ho hoi!*—(Respetuosamente salud)—repiten los criados inclinándose sonrientes al paso de los gentiles hombres.

En tal cual salón cubren las paredes albas brillantes *kakemonos* que representan paisajes de ensueño por donde vuelan pájaros azules y cigüeñas de plata. También aquí y allí, en artísticos estantes de cedro y de sándalo, despiden dorados reflejos las porcelanas de Satzuma, Kioto, Imari y Yokohama.

Y en el salón del trono, encerradas en rica vitrina, están las preciadas y simbólicas joyas de la corona legadas á sus sucesores por Simmi-Tenno el filósofo.

Lumbrea el *Yatano Micagami*, el hermoso espejo de metal; semeja un rayo de sol el *Amé no murakomono mitsurugui*, la refulgente espada de riquísima empuñadura; y chispean las mil facetas deslumbradoras del *Masakami-nomagatama*, el gran diamante de convexa superficie.

El Emperador quiere tener siempre á la vista estas preciosas joyas porque ellas le recuerdan los sabios consejos de su glorioso antecesor:

«Tus sucesores regirán este imperio hasta la consumación de los siglos: recibe el reino y las tres joyas de la corona. Cada vez que desees verte, utiliza el espejo y gobierna al país con igual pureza y rectitud que su brillante superficie. Trata á tu pueblo con dulzura semejante á la curvatura que presenta el diamante y combate con esta espada á los enemigos de la nación».

*
* *

Mutsu-Hito Tenno, el Emperador del Sol Naciente, acaba de almorzar frugal un plato de pescado y de arroz.

Ahora reposa de sus tareas, revisando la correspondencia y el extracto de la prensa, sobre cuyos principales artículos le llama la atención uno de sus secretarios.

Mutsu-Hito Tenno escucha distraído y sus ojos negros se fijan en las flores del parque imperial que se columbra desde la estancia.

Los crisantemos ostentan sus flores albas como la nieve, rojas como la púrpura, amarillas como el oro, azules como un cielo primaveral. Robles, abetos, bambús, enebros y coníferas forman bosquecillos se-

ductores á cuya grata sombra se elevan kioscos polícromos que brindan voluptuosidad y descanso.

Todo lo que dice la prensa lo tiene olvidado Mutsu-Hito Tenno de puro sabido.

El secretario, no obstante, cumple impasible su misión.

He aquí un artículo interesante, Majestad.

El Emperador deja de contemplar las flores del jardín.

—¿Qué es ello? ¿Qué es ello?—musita sin que su rostro cobrizo é inmutable exprese la menor curiosidad.

Majestad, un artículo del *Mc Clure's Magazine*, debido á Henry Renterdahl, miembro del Instituto naval de los Estados Unidos.

—¿Y qué dice Henry Renterdahl?

- Graves cosas, Majestad.

El Emperador abandona por un instante su actitud hierática del hijo predilecto del Sol.

—¿Graves cosas!... ¡Veamos!... ¡Lee, Hatamoto!...

Hatamoto lee con su voz dulce y musical:

«Los navíos de guerra de los Estados Unidos están exactamente en la misma condición que los navíos rusos de Tsushima,

y esto no de un modo temporal, sino definitivo.

«Entre todos los acorazados, ni uno sólo puede mostrar su coraza principal, sobrepasando en más de quince centímetros el nivel del agua en calma, cuando se hallan dispuestos á hacerse á la mar equipados por completo».

—Vuestra Majestad no ignora—añade el secretario—que once de estos acorazados se han construído con arreglo á los planes del ingeniero Lewis Nison, el mismo que hizo los de la mayor parte de los barcos destruídos en Tsushima...

Mutsu-Hito Tenno, emperador del Sol Naciente, sonríe enigmático.

—¡Lo sé! ¡Lo sé!—murmura acariciándose los cuatro pelos de su barba rala.—¿Y es eso todo lo que dice Henry Renterdahl?—interroga sonriendo otra vez.

Luego, recobrando su impasibilidad, un poco triste, dice sentenciosamente:

—Verdaderamente estas graves revelaciones han debido producir honda sensación entre los yankis. Pero tú lo has dicho, Hatamoto, nosotros ya lo sabíamos... Nosotros ya sabíamos esto y otras cosas...

El Emperador levanta su diestra pequeña y morena con un gesto de altiva majestad y despide á su secretario.

Y éste, después de inclinarse humilde,

desaparece con su legajo de papeles por las estancias blancas, blancas, impolutas, nítidas, como simbólica representación del sentimiento sintoísta.

*
* *

Mutsu-Hito Tenno medita.

Por la balconada de madera, primorosamente tallada, penetra, tibio y perfumado el aire que ha rozado con sus alas impalpables las flores del jardín.

Sobre el azul se destacan gallardos los cerezos en flor. Los crisantemos, como colosales girasoles, lucen la gama de sus delicados matices bajo los umbráculos de bambú.

Avecillas de irisados y sedeños plumajes saltan de mata en mata y lanzan trinos jocundos.

Una franja de dorado sol envuelve á Mutsu-Hito como en una apoteosis de gloria.

¡Medita el Emperador!... La lectura de Hatamoto le ha hecho engolfarse, una vez más, en sus preocupaciones constantes.

Como en una cinta cinematográfica van desfilando ante sus ojuelos negros, medio entornados, los principales hechos de su reinado glorioso.

Desde que en 1865 las escuadras francesa, inglesa, holandesa y americana des-

trozaron á los japoneses en Simonoseki, arrasando la ciudad y sus fortificaciones, ¡qué transformación, qué vuelo grandioso el de su pueblo querido!...

¡Cuántas dificultades, cuántos obstáculos vencidos, cuánta sangre derramada!...

El sol arranca fulgurantes destellos á los bordados del uniforme del Emperador.

Este se pasa la mano por la frente y sonrío con su sonrisa enigmática.

¡De qué se sonrío el Emperador?

Quizás recuerde el artículo del *McClure's Magazine* debido á Henry Renterdahl.

Mutsu-Hito Tenno es bueno, es inteligente y tiene un alma grande, pero sobre todo ama á su pueblo y á su raza.

¡Ama á su raza amarilla considerada hasta ahora como de una especie inferior, por los hombres blancos de blondos cabellos y ojos azules!...

La sonrisa enigmática se va convirtiendo poco á poco en los labios del Emperador en una mueca de desprecio.

Para los hombres del pálido semblante no hay más civilización que la fuerza brutal que todo lo domina.

Las porcelanas de Satzuma, de Imari y de Kioto, las lacas primorosas, las mil chucherías de bronce y de marfil, el sentimiento de belleza innato en los nipones

eran para ellos manifestaciones de un pueblo semisalvaje.

Pero desde que este pueblo ha sabido construir escuadras y destruir en la guerra, han colocado al Japón entre las primeras naciones del mundo.

¡Y sin embargo, la civilización nipona era más poética, más ideal que la civilización europea!...

Mutsu-Hito recuerda todavía con añoranza su espléndida carroza de laca, tirada por bueyes; las deslumbradoras galas de su esposa Haruko, *la del hermoso corazón*, cuando bajo un quitasol violáceo, salpicado de bordados crisantemos de oro, se presentaba radiante como una deidad en las grandes solemnidades de la Corte...

¡Todo fué preciso, sin embargo, sacrificarlo y abolirlo para entrar en el concierto de los pueblos, llamados civilizados!

¡Y fué preciso también castigarlos duramente, destruir sus escuadras, usar sus mismos procedimientos de exterminio y de barbarie!...

¡Nipon banzai! ¡Nipon banzai! ¡Adelante el Japón! ¡Al orgullo de los hombres blondos, de los ojos azules, había que oponer el orgullo de los hombres amarillos!

Todavía no habían realizado éstos por completo su misión sagrada. ¡No afirmaban los yankis que América debía ser para

los americanos? Pues ellos, los nipones, pretendían solamente que Asia fuese para los asiáticos.

Y al fin llegará el día, no lejano, en que sobre El Reino Eremita, la poética tierra del Mañana Tranquilo, sobre la inmensa Mandchuria, sobre la China milenaria, sobre la India esclava, ondee, como lábaro de libertad y emancipación de una raza, la gran bandera roja que ostenta como heráldico blasón un crisantemo de oro.

Mutsu-Hito Tenno, Emperador del Sol Naciente, golpea con su mano pequeña la mesilla de laca y se levanta arrogante, envuelto en el dorado rayo de sol, que es una apoteosis de gloria.

—*¡Nipon banzai! ¡Nipon banzai!* murmura entusiasmado y sale de la estancia para asistir en el parque imperial á la famosa fiesta del Crisantemo.



ÍNDICE

	<u>PAGINAS</u>
La Princesa Loca.	5
¡Por el amor!	17
La Princesa abandonada.	29
El Príncipe Oscar.	39
Idilio roto.	49
La vieja Emperatriz.	63
¡Loco!	73
Día de invierno.	83
¡Imperator!	91
S. A. el gran Duque.	99
El entierro de la Condesa.	109
El collar de perlas.	117
La perla negra.	127
¡Sión y Libertad!	139
Mutsu-Hito Tenno.	151

OBRAS DE CONSTANTINO PIQUER

Las nuevas ideas (Estudios sociales). Agotada.

Un alma precoz. (Novela corta).

Traducciones

La resurrección de los dioses. 2 tomos, por MEREJKOWSKI.

El camino de los gatos, El deseo y El molino silencioso, por SUDERMANN.

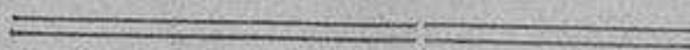
El hijo de los boers, por RIDER HAGGARD.

Mi viaje alrededor del mundo. 2 tomos, por DARWIN.

En prensa

Sangre azul.

Siluetas de Principes.



19



PIQUER

CUENTOS
ARISTOCRATICOS

ALMAS
DE NIÑOS

SILUETAS
DE
PRINCIPES

C. V.

1961

F-M